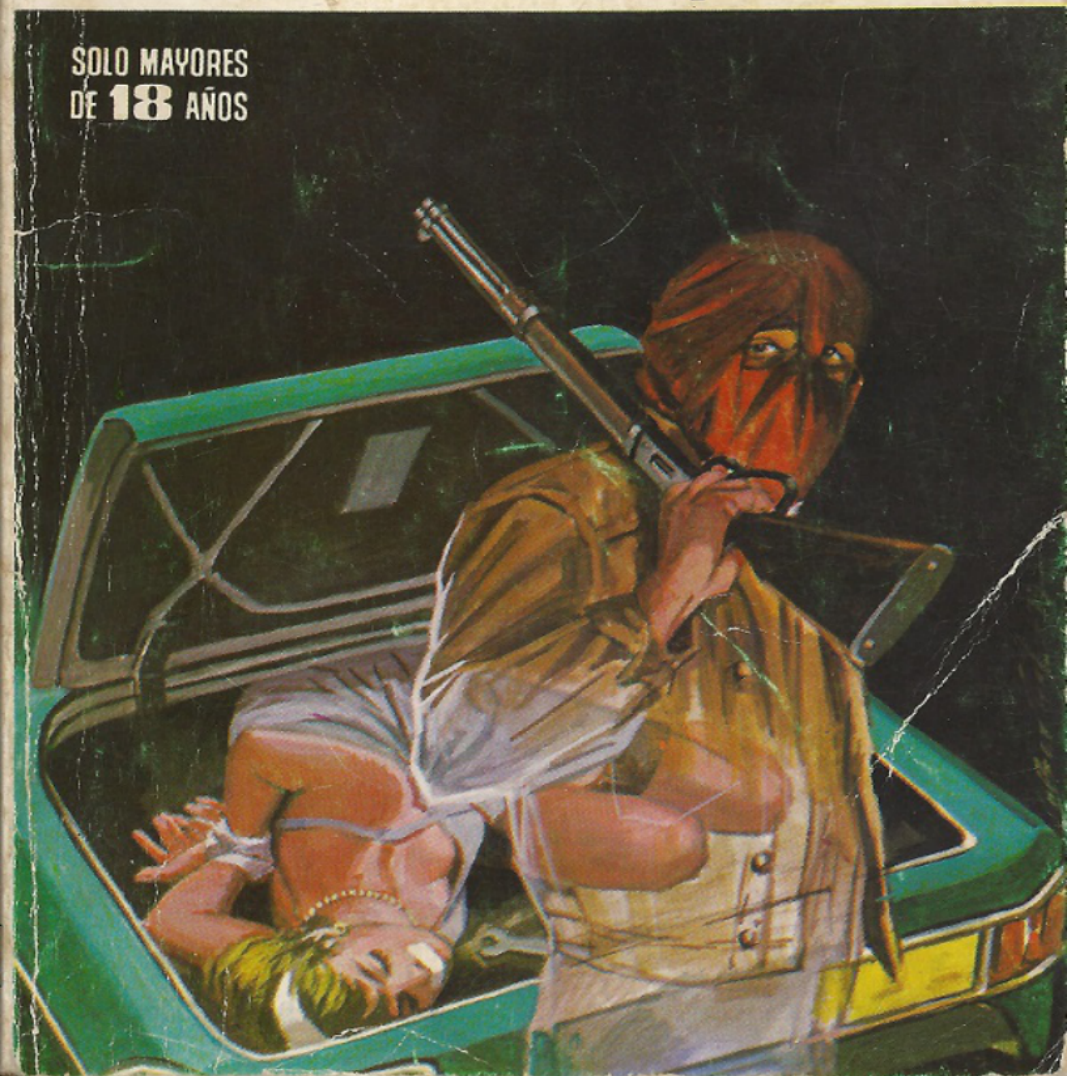


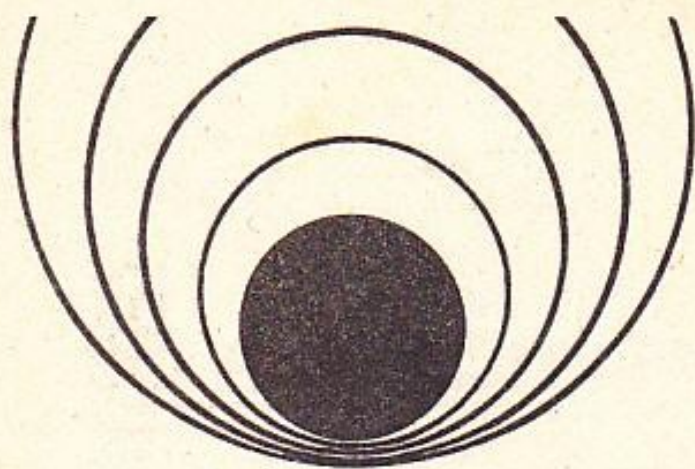
**PUNTO
ROJO**

AGONIA DE UN MILLONARIO

Ralph Barby

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS





PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

838 — La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

734 — El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881 — Buscando novia a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE:

585 — «Colt» a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.543 — Saliendo del huevo, querida.

En Colección SALVAJE TEXAS:

1.248 — Plomo para el gringo.

En Colección PUNTO ROJO:

916 — Marea negra en Saint-Tropez.

.En Colección ASES DEL OESTE:

647 — Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.351 — Los rebeldes del pañuelo rojo.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

120 — La matanza del paso de Trout-Creek.

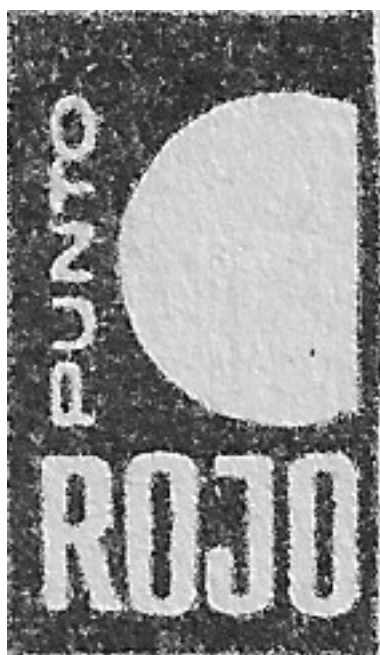
En Colección BUFALO SERIE AZUL:

85 — Una bala para un «Colt».

RALPH BARBY

AGONÍA DE UN MILLONARIO

Colección PUNTO ROJO n.º 937
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 4.899 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición: abril, 1980

© **Ralph Barby - 1980**

texto

© **Antonio Bernal - 1980**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona -

CAPITULO PRIMERO

El juez carraspeó ligeramente. Se encaró con las personas que acababan de acomodarse en sus asientos y preguntó:

—¿Tienen los miembros del jurado su veredicto?

El presidente del jurado, una mujer gorda con gafas y vestido floreado, se puso en pie, rehuendo mirar hacia el acusado.

—Sí, señoría, ya tenemos el veredicto.

—El acusado, James S. Mcloy, póngase en pie y mire al jurado.

El acusado se puso en pie. Hubo expectación en la sala de la corte, no eran pocos los que conocían a James S. Mcloy. Unos lo estimaban, otros le odiaban y entre estos últimos, los había que lo hacían de forma secreta, pero otros no dudaban en manifestarse en su contra.

Alto, ancho de hombros, complexión atlética, abundante cabello lacio y de color cobrizo, ojos verde intenso y un bigote largo, algo más oscuro que el color de sus cabellos. Era joven, aunque resultaba muy difícil calcularle una edad concreta.

Vestía una chaqueta sport y camisa con cuello de cisne, eludiendo el uso de la corbata.

No podía negarse que James S. Mcloy ejercía una gran atracción sobre las mujeres. No tenía necesidad de halagarlas, de buscarlas con la mirada. Ellas le buscaban a él y quizá fuera por la escasa atención que él les prestaba de ordinario, salvo que le resultasen particularmente interesantes. No perdía su tiempo corriendo detrás de las féminas debido al seguro éxito que tenía con ellas.

La mujer gorda de la presidencia del jurado le miró á través de sus gafas y hasta tuvo un ligero sonrojo.

—El presidente del jurado puede dictar el veredicto al que han llegado.

—Sí, señoría. En el día de hoy... —soltó la fecha y los datos correspondientes que aparecían en el impreso que se les había entregado para que escribieran en él la sentencia. Luego, leyó—: Consideramos al acusado James S. Mcloy... —se produjo un gran silencio y tensión en la sala— inocente de los tres homicidios que se le imputan por considerar que hubo clara y limpia defensa propia, debiendo hacer uso de su arma ante la clara inferioridad numérica...

Los comentarios que se elevaron entre los asistentes ahogaron las siguientes palabras de la presidente del jurado.

—¿Satisfecho? —preguntó su abogado defensor, muy sonriente.

—Gracias, Burt, estaba seguro de que harías un excelente trabajo, como siempre.

—Ándate con cuidado, James. Si sigues con tu vida agitada, un día terminarás en la cárcel. Tus enemigos tienen influencias en las altas esferas de la justicia.

—Que haya unos pocos corruptos no quiere decir que todos lo sean y mientras esté asesorado por un buen abogado como tú, no pasaré la raya de la ley.

—Lo malo es que en el momento justo que te metas en el lío, no estaré a tu lado para asesorarte.

La sala se iba despejando. James Mcloy recibió muchas felicitaciones; algunas de ellas estaba seguro de que brotaban de sujetos que eran sus enemigos, pero no lo confesaban y esperaban mejor ocasión para demostrárselo, una ocasión en que tuvieran todos los triunfos en la mano para poder hundirlo.

—¿Mcloy?

No iba a hacer caso de las llamadas, eran varios quienes le interpelaban, mas aquel hombre alto y delgado, de cabello gris, le puso una tarjeta casi en las narices.

—Percival H. Herbertson, abogado estatal y federal. Muy bien, pero ya tengo abogado y habrá visto que muy bueno.

—No me ofrezco a usted como abogado. Represento a alguien importante que desea contratarle.

—¿Alguien importante que desea contratarme? ¿Y para qué?

—Eso se lo dirá mi cliente.

—¿Y quién es su cliente.

—Ahora no puedo citar nombres, pero si me hace el favor de acompañarme.

—Puede que me interese conocer a su cliente.

—Entonces, si no le importa venir conmigo."

—Dentro de media hora estaré con usted, he de terminar con esto.

Tal como prometiera, treinta minutos después subía al lujoso automóvil del abogado Percival Herbertson que se mezcló con el resto del tráfico de la gran ciudad.

—Su cliente debe pagarle bien para el carro que gasta, abogado.

—Sí, paga bien. Es un hombre importante, ya se lo he dicho. En realidad, tiene a su servicio más de una veintena de abogados. Yo llevo sus asuntos personales, es decir, soy su secretario particular.

—Entonces, deduzco que es un hombre de mucho dinero.

—Así es.

—¿Industrial, político?

—Financiero. Ya sabe, consejos de administración, movimiento de dinero, etcétera. Creo que es aburrido para usted.

El automóvil enfiló hacia un rascacielos pequeño y aislado.

Se introdujo entre una cuidada arboleda y desapareció bajo la tierra, en el túnel que conducía al estacionamiento privado.

—¿Qué es este edificio? —preguntó James S. Mcloy.

—Un complejo de oficinas. Un montón de compañías que en apariencia nada tienen que ver entre sí, pero todas son propiedad de

Howard Munnighan.

—¿El ex jugador de rugby?

—El mismo.

—Ya sabía que se había hecho multimillonario.

—Efectivamente, lo es.

—Sin embargo, no suele acudir a clubs nocturnos, a reuniones ni a las fiestas de la high-life.

—No, no va a las fiestas mundanas, está un poco aislado.

—¿Por qué?

—No me haga preguntas a mí, Mcloy, hágaselas a él y Munnighan y responderá a las que crea apropiadas.

El abogado tenía una amplísima plaza de parking con su nombre bien visible para que nadie más las utilizara. Era un privilegio de los altos ejecutivos. Cuanta menos importancia tenían, más al fondo del subterráneo iban sus coches.

Cualquiera podía darse cuenta del ascenso de alguien por el lugar que su automóvil ocupaba en el estacionamiento del Strong Building, pues así se llamaba el rascacielos.

Se introdujeron en el ascensor número uno. Dentro sólo había los pulsadores correspondientes a las cuatro últimas cifras. Percival Robertson pulsó la «cuatro» y de inmediato, a través de un altavoz, una voz masculina preguntó:

—¿Quién es?

—Abogado Herbertson.

—Identifíquese.

El abogado introdujo una tarjeta plástica por una ranura que había debajo de la botonera. Aguardó un instante y el ascensor se puso en marcha a gran velocidad, pues era ultrarrápido.

—Buenas medidas de seguridad —comentó James Mcloy.

—Ya se tuvieron en cuenta en el diseño de los planos, por eso aquí las medidas de seguridad no son pegotes visibles o cables que se puedan cortar.

—Eso está bien. Si los cables pasan por el interior de los soportes de hormigón armado, efectivamente no hay quien los corte. Otros arquitectos y promotores de edificios debieron pensar como lo hizo Howard Munnighan. ¿Por cierto, ¿no controla también un par de periódicos y tres o cuatro semanarios?

—Lo siento pero no estoy en disposición de responderle. Ya hemos llegado.

Una puerta de acero con doble grosor del normal, rellena de amianto y fibras de vidrio para impedir que el fuego penetrara por allí, se abrió automáticamente.

Frente a ellos una sala con varias personas entre las que predominaban las mujeres. Parecía un centro de coordinación de

datos.

Percival Herbertson pasó entre las mesas con gesto arrogante, debía considerarse muy por encima de todos aquellos oficinistas.

Llegaron al antedespacho frente al que había dos vigilantes de seguridad, armados y uniformados.

—Identificación —pidieron.

—¿Lo ve, Mcloy? Me conocen de sobras, me ven cada día o casi cada día; sin embargo, me piden la identificación porque puedo no ser yo. Podría ser otra persona con una careta de látex que se parezca a mi rostro.

Entregaron la tarjeta de identificación y los vigilantes la introdujeron en la ranura del codificador. Luego, uno de los agentes preguntó:

—¿Y el caballero?

—James S. Mcloy, viene conmigo.

—¿Va armado? —preguntó el guardián.

—No, no voy armado. Acaban de exonerarme de tres homicidios por defensa propia, de modo que le sugiero que no me ponga las manos encima para cachearme; me molesta.

Se hicieron a un lado y pasaron a un antedespacho donde había dos secretarías más. El suelo estaba enmoquetado y todas las paredes acolchadas. Allí, el ruido quedaba ahogado.

—Jennie, dile a míster Munnighan que estoy aquí con James S. Mcloy.

—Un momento, por favor.

La joven se puso en pie. Era una maravilla, alta, espigada, con las redondeces necesarias, sin ampulósidades ni gorduras. No tenía ni una onza de más en su cuerpo escultural. Sin embargo sus senos eran salientes, casi provocativos, y las nalgas tenían una redondez sugestiva. Usaba pantalones beige muy ajustados.

Desapareció por una amplia puerta tapizada en piel de becerro tejano, con manchas blancas y rojizas. Al poco, reaparecía con una amplia sonrisa en su boca.

—Míster Munnighan les aguarda.

—Esto sí que es puro control; sólo falta que me bajen la bragueta y...

—¿Cómo dice?

—Nada, nada —rezongó Mcloy—, ya me entiendo yo ya me entiendo.

Un corto corredor de triple ancho, con rampa ascendente, les condujo al despacho semicircular del magnate de las finanzas. Todo cristalerías en el medio círculo, con cortinajes que se corrían accionando unos mandos. La luz entraba por todas partes.

En la pared recta, unas estanterías enmoquetadas y sobre la

moqueta verde, fotografías, medallas, copas, bandejas de oro y plata grabadas y un cuadro al óleo en el que se veían a un jugador de rugby corriendo con la pelota entre sus manos. Sin duda alguna, era Howard Munnighan, en otro tiempo el campeón de los estadios.

—Bien venido a mi guarida, Mcloy.

Munnighan, que les había estado esperando de espaldas, se volvió, sentado en su silla de ruedas automática, equipada con un motor ultrasilencioso.

Vestía un traje elegante, pero su rostro estaba envejecido, magro, casi reseco. Su cabello era blanco y sus dientes, muy prominentes.

—¿Qué mira, Mcloy, a ver si me parezco en algo al joven campeón reflejado en la pintura?

Antes de responder, Mcloy volvió a mirar al óleo. A su lado, el abogado carraspeó.

—El tiempo pasa para todos, míster Munnighan.

—Para mí pasa más aprisa.

—¿Accidente o enfermedad?

—Enfermedad.

—Míster Munnighan puede valerse con unas muletas —puntualizó Herbertson.

—Sí, puedo valerme con muletas siempre que tenga a alguien cerca por si mis fuerzas flaquean. Me siento más cómodo en esta maldita silla que un equipo de ingenieros construyó expresamente para mí. ¿Se imagina cuánto me costó esta silla de ruedas?

—No, no lo imagino.

—Ochenta y siete mil dólares.

—Un poco cara sí es.

—Tan cara como un modelo de automóvil de lujo, claro que la silla no es de serie. Pero, dejemos a un lado eso. Percival, sírvele whisky, salvo que Mcloy prefiera otra cosa.

—Champaña.

—Claro, debí suponerlo. Percival, champaña para los tres, hay que celebrar que Mcloy acaba de escapar a la justicia.

—No he escapado a la justicia —le corrigió Mcloy—. La justicia ha comprendido cuál fue mi situación en el momento en que murieron tres hombres.

—¿A cuántos hombres ha matada en su vida, Mcloy?

—No quiero hablar de ese asunto. Sé que mi profesión es arriesgada y la acepto tal cual es.

—¿La acepta o le agrada?

—Me gusta mi profesión —admitió.

—¿Porque tiene la oportunidad de tropezarse con sangre?

—Su fuera así, me habría hecho policía.

—Se hizo investigador privado porque así no tiene que obedecer

órdenes y hace lo que le viene en gana. En realidad, no es usted un investigador privado, Mcloy.

—¿Ah, no, qué soy entonces?

—Investigador privado es lo que dice su tarjeta profesional. En realidad, usted es un aventurero del asfalto.

—Puede ser, no voy a llevarle la contraria, míster Munnighan.

—Bien, bien ¿cómo va ese champaña, Percival?

—En seguida, míster Munnighan.

El abogado estaba tras la barra de bar colocada en una rinconera y del frigorífico había sacado una botella de champaña francés y no californiano. Hizo estallar el ruido del tapón, escapó el humillo blanco del anhídrido carbónico y la bebida burbujeante llenó las copas.

—Alguien puede decir que no me siento patriota al comprar bebidas extranjeras, pero la calidad debe estar por encima de los patriotismos, por lo menos esa es mi opinión. —Tomó la copa que el abogado puso en su mano y la levantó. Porque continúe siendo afortunado con la ley, y la justicia y la agitada vida en el asfalto.

Bebieron. Mcloy no consumió del todo su copa; con ella en la mano, preguntó:

—He oído que quería contratarme.

—Así es.

—¿Para qué? Tiene usted un servicio de seguridad ejemplar.

—Lo tengo, pero aquí, dentro de mi Strong Building. No voy a negarle que me siento orgulloso de este servicio.

—¿Hay un «pero»?

—Sí, pero no referente al edificio.

—¿Algún posible empleado infiel?

—No, no se trata de semejante vulgaridad, para eso ya tengo mi servicio de orden interior. Hizo avanzar la silla de ruedas, dándole la espalda, y se acercó a las cristaleras, mirando a través de ellas hacia la ciudad que casi se rendía a sus pies.

—Aquí se puede tener mirada de águila, ¿no cree?

—Sí, es un buen lugar de observación.

—Le confieso que en ocasiones he cometido la chiquillada de mirar con un pequeño telescopio.

—¿Y ha visto mujeres tomando el sol?

—Sí, y haciendo el amor y otras cosas —se rió con voz cascada—. Percival, lléneme otra copa.

—En seguida, míster Munnighan.

—Todos estamos expuestos a ser escuchados u observados a distancia, es uno de los problemas a que nos ha sometido la técnica.

—Sí, pero no vaya a creer que es así como satisfago mi libido. Son chiquilladas, como ya le he dicho.

—Perfecto. El que no las cometa aún siendo ya maduro es que jamás

llegará a ser hombre.

—Un tipo liberal, ¿eh, Mcloy?

—Trato de vivir y dejar vivir.

—Magnífico, me cae usted bien. Si pudiera, compraría su aspecto y su juventud, pero, desgraciadamente, hay cosas que el dinero no puede comprar.

—Dicen que hay tratamientos para rejuvenecer.

—Bah. ¿Tomar testosterona, incluso humana, para conseguir satisfacciones? Estoy podrido, Mcloy, sólo tiene que verme. Y no vaya a cometer la indelicadeza de preguntarme qué clase de enfermedad me aqueja, es lo mismo una que otra si no se puede curar, ni aquí ni en otra parte del planeta. Se pudren mis huesos, así lisa y llanamente. Fármacos y regímenes se comen mis carnes; sin embargo, aún me siento con fuerzas para hacer cosas grandes antes de que me encierren dentro de un ataúd de cinco pulgadas de espesor de la mejor madera de California.

—Su actitud es buena, no es necesario que se lo diga, míster Munnighan.

—Sí es buena. —Se volvió de nuevo, dando la espalda ahora a la vista de la ciudad—. Tengo que llevar a cabo una gira por varias ciudades de la Unión. Varios consorcios empresariales y financieros precisan de mi apoyo, de mis consejos, también de mi dinero. Por supuesto, si no invierto yo, tampoco invertirán otros. Algunas corporaciones que son pujantes desaparecerán y muchos empleados sé irán a hacer cola frente a la ventanilla de la seguridad social.

—Mala cosa ésa.

—Así es. Podría pedir que vinieran a verme, pero no es lo mismo. Me verían encogido en una silla de ruedas y he de ir yo aunque sea con muletas. He de hablarles, de estimularles.

—Usted siempre un campeón ¿eh? —se sonrió Mcloy.

—Sí, fui un campeón en el rugby y también escogí a una millonada para casarme. Supe heredarla y luego volví a casarme. La pobre se volvió loca. Cometí la torpeza de casarme por tercera vez y ha habido divorcio. Una mujer muy hermosa pero idiota, tan idiota que ha venido en ocasiones a ver si saca algo más de lo que le asignó el juez. La muy estúpida debe odiarme. En fin, es mejor olvidarla. Se preguntará usted por qué le cuento mi vida.

—No, si va a contratarme.

—Fui a la universidad gracias a una beca, mi padre se había arruinado en la crisis de los treinta, pero me había enseñado algunas cosas antes de lanzarse desde un veinteavo piso. Supe triunfar, encontrar dinero y multiplicarlo. Ahora soy multimillonario pese a no valer ni un centavo y millares de personas dependen de mis decisiones, de mis cambios de humor.

—La vida es así, míster Munnighan.

—Usted me acompañará en esta gira, será el hombre de mi seguridad personal. Ya ve que no le encargo una investigación amorosa ni un triste desfalco.

—Todavía no he aceptado.

—Quinientos diarios más dietas.

—Mil.

—Es usted un oportunista, Mcloy. Sabe que estoy dispuesto a contratarlo y se aprovecha para sacarme el jugo, no es mejor que los demás.

—Ni lo pretendo. Vivimos en una sociedad capitalista construida por los hombres como usted y para vivir en esta sociedad, hay que tener buenos colmillos.

—Bueno, mil, pero métase en la cabeza que va a correr riesgos.

—No me pagaría mil, gastos aparte, si no tuviera que correrlos.

—Así es, tengo enemigos que ansían matarme.

—¿Gente a la que ha dejado en la ruina?

—Es posible. Si tuviera que preocuparme de quiénes son mis enemigos y por qué quieren matarme, me volvería loco. Son demasiados y la vida es larga, se olvida uno de los tipejos a los que ha aplastado para ir subiendo y subiendo. La vigilancia es cosa suya, Mcloy, pero entiéndalo bien, si yo no regreso vivo a este edificio al final de la gira, usted no cobra ni un centavo, solo se queda con los gastos pagados.

—Eso es un desafío.

—Puede aceptarlo o rechazarlo, no es el único investigador privado que hay en la ciudad y que además tiene fama de temerario y audaz.

—Acepto —dijo.

—Entonces, se pondrá en contacto con el abogado Herbertson y mi secretaria Jennie. Formará parte de mi séquito. Escoja también a cuatro o cinco hombres de mi equipo de seguridad. Staker, el jefe de seguridad privada, le dará todos los informes.

—¿Staker, el que fuera capitán de la policía de Chicago?

—El mismo. Yo escojo a los mejores porque puedo pagarles. Supongo que Staker se molestará un poco, le va a costar admitir que ya tiene algunos ‘años de más sobre sus huesos y no puede correr y saltar como usted, Mcloy. Hágaselo entender así sin herirle demasiado. Como cerebro organizador, todavía me sigue siendo válido. Ahora, ya puede comenzar a trabajar.

—Con esta media copa de champaña que me queda quiero brindar.

—¿Por qué? —inquirió el multimillonario.

Mcloy alzó la copa, miró al óleo que reflejaba al campeón del verde césped arrollándolo todo y luego miró al viejo.

—Por su feliz regreso, míster Munnighan —dijo.

CAPITULO II

Se hallaban reunidos en torno a una amplia mesa redonda en un lujoso restaurante especializado en pescados y desde cuyos ventanales se dominaba la bahía en una puesta de sol, aunque fuera a caer en el tópico, podía calificarse de hermosa.

Allí estaban el abogado Herbertson, Staker, el jefe de seguridad del emporio financiero de Howard Munnighan, James Mcloy y como única mujer, Jennie, la bella y esbelta secretaria, lista e inteligente, de lo contrario no ostentaría aquel cargo.

—¿Le pasarán la cuenta a Munnighan? —rezongó Mcloy.

—No se preocupe de pequeñeces —le contestó Staker al que le costaba disimular su íntima irritación.

—Míster Munnighan —opinó el abogado entre bocado y bocado, pues los hacía muy pequeños— puede permitirse el lujo de gastar hasta un millón de dólares en esta gira. Si sale bien, los beneficios posteriores pueden ser grandes, más de lo que se imagina, Mcloy.

—Lo que me imagino es que en asuntos así, el único capaz de dirigir la cantidad de ganancias es la computadora electrónica de la financiera. ¿O también se indigesta al sumar tantos y tantos millones?

—Es lógico que haya millones de ganancia ya que hay muchas inversiones y por lo tanto, también muchos riesgos —opinó Jennie.

—El dinero es como una bola de nieve —opinó Percival Herbertson—. Rueda, rueda y cada vez se hace más grande. Ni el mismísimo poseedor de la bola puede evitar que se haga cada vez más y más grande.

—Pero la bola que comienza a rodar ya debe valer por lo menos diez millones para que luego pueda hacerse gorda —opinó Staker—, Empujar una bolita de un dólar no sirve de nada.

—También la bola puede hacerse pedazos al chocar contra rocas. Puede llevarse árboles y edificios por delante, pero pueden surgir rocas.

—Míster Munnighan se morirá multimillonario —opinó Jennie.

—Sí, pero morirá, como todos —observó Mcloy—. Todos tenemos tragedias en nuestras vidas, aunque sea la de nuestra propia muerte que ha de llegar, seguro. Respecto a míster Munnighan, mi interés es que llegue vivo después de la gira.

—¿No le importa lo que pueda sucederle luego?

—No más que lo que le pueda ocurrir al hombre que limpia mi coche y al que doy un dólar de propina.

—¿No es usted humano—preguntó Jennie.

—¿Voy a ser más humano porque me preocupe más del viejo multimillonario que del viejo que limpia coches?

—Bueno, yo no digo que el limpiacoches no tenga derecho a la vida.

—El mismo que míster Munnighan —le respondió Mcloy con dureza de tono.

—Jurídicamente también es igual —añadió el abogado Herbertson.

—Sí, pero los multimillonarios salen de la cárcel —objetó Staker—. Y si no, que se lo pregunten a Patricia Hearst que fue indultada por el propio presidente.

—Bueno, quizá es que yo veo a míster Munnighan casi como a un padre —admitió Jennie—. Siempre se ha portado bien conmigo.

—Preocuparse sólo por el que nos paga no está bien, es demostrar que somos egoístas. ¿Verdad, Staker?

—Tiene razón, pero desde siempre, el que paga es el amo.

—Y los perros lamen la mano del amo —rezongó Herbertson, mordaz.

—Será mejor que bebamos un poco de este excelente vino blanco americano para no ser sarcásticos en la cena —observó Jennie.

Bebieron y siguieron comiendo. Staker volvió a llevar la conversación por lo derroteros que le interesaban.

—Míster Munnighan está excesivamente preocupado por posibles enemigos que deseen su muerte.

—¿Manía persecutoria? —preguntó Mcloy directamente.

—No he dicho tanto. Hace mucho tiempo que me preocupo de su seguridad.

—Y cobrando un salario doble al que percibía en la policía, ¿no es así?

—Supongo que usted también gana más sirviendo a míster Munnighan que abriendo un bufete, ¿no?

—Sí, claro —aceptó Herbertson—. No pretendía molestarle, Staker.

—No me ha molestado. Yo trataba decir que míster Munnighan está ya bien protegida por su servicio de seguridad que yo dirijo, no era necesario contratar a nadie más.

—No tema, Staker, no voy a quitarle el puesto. A mí no me gusta el salario fijo, eso obliga a mucho y yo deseo ser libre. Sólo será un viaje de días, ¿pocos, muchos? Según como se mire, pero cuando termine la gira, usted seguirá en su puesto y yo me habré marchado a otros mares como vulgarmente suele decirse.

—Con cuatro o cinco de mis mejores hombres habría bastado para protegerle.

—Será que míster Munnighan quiere a los mejores para cuidar de sus oficinas, de su despacho, de su edificio.

—Sí, eso será. De todos modos, Mcloy, opino que usted, más que una ayuda discreta pero efectiva, es una provocación.

—Si usted lo dice, Staker. Me dobla la edad y forzosamente ha de tener experiencia.

—Staker colaborará en todo porque aprecia a míster Munnighan —dijo Jennie—, Todos le hemos de ayudar, Se van a crear muchos puestos de empleo y otros no caerán. Si míster Munnighan retira su apoyo a algunas empresas, éstas se hundirán.

Mcloy asintió:

—Es lo que nos dijo el propio míster Munnighan, y que el poder de que muchos tengan empleo o lo pierdan esté en sus manos de un viejo enfermo, no me gusta nada, absolutamente nada.

—Alguien tiene que decidir —dijo Jennie.

—Sí, pero ese alguien podría formar parte de un grupo representativo de cuantos pudieran quedar afectados de una forma ti otra. Eso de que un solo hombre decida, según su capricho, no me parece bien.

—Pues a mí sí. El dará empleo a mucha gente y decidirá positivamente para todos —dijo Jennie con énfasis.

—Yo todavía no le he visto —replicó Mcloy, escéptico.

—Usted no se cree nada, Mcloy.

—Las historias de los buenos que reparten riquezas para que todos sean felices, 110 me las creo. Tengo que admitir que en algún caso, ocurrido a lo largo de la historia de la humanidad, me habría equivocado, siempre surge algún místico o un loco, pero lo normal es que si el millonario regala algo sea para conseguir más, y no es que reproche esta actitud. La mayoría de los seres humanos, hombres y mujeres, no soy antifeminista... —puntualizó irónico—, cuando consiguen amasar dinero se comportan de la misma manera. Si se ofrece dinero es para conseguir algo a cambio y cuanto más, mejor.

—Habla como un cínico descarnado.

—Jennie, ¿permities que te llame Jennie?

—Sí, claro, vamos a ser compañeros.

—Mira, Jennie, el cuento de Caperucita Roja sólo me gusta en la versión porno.

—No cabía esperar otra cosa de usted —dijo ella seca, sin apearle aún el tratamiento.

—Ya le irán conociendo —silabeó Staker—, Muerde siempre, con las palabras y con los puños.

—Sí, Staker lo sabe bien —admitió Mcloy—. Cuando él era capitán de la policía Metropolitana de Chicago, me arrestaron.

—Convendrá que había motivo para ello.

—Usted me tenía ganas, Staker. Trataba de arrestarme por cualquier motivo.

—Usted se entrometería en la labor de la policía, y supongo que seguirá haciéndolo.

—Yo no me entrometo con la policía. Hago mi trabajo dentro mis derechos constitucionales, lo que sucede es que hay sujetos que por

tener un cargo en la policía se creen por encima de la leyes. ,

Staker consultó su reloj, habían terminado de cenar.

—Disculpenme, tengo un trabajo importante que hacer. —Miró a Mcloy y añadió—: Pásese mañana por mi despacho y le daré lo que necesita.

—De acuerdo, nos veremos mañana.

Herbertson también se puso en pie.

—Yo tengo que hacer.

Mcloy alargó su mano por encima de la mesa para coger la de Jennie y le dijo:

—No vayas a dejarme solo ahora, voy a parecer la persona non grata de esta cena.

—La verdad es que yo no tengo prisa.

—Magnífico, mañana tendremos mucho trabajo para cuidar el itinerario de míster Munnighan.

—Sí, es una gira importante. Hay que cuidar los hoteles, visitar las habitaciones que va a ocupar, contratarlas y clausurarlas. Es muy exigente mister Munnighan, ya lo irá comprobando.

—Imagino que tiene muchos enemigos, pero me gustaría saber quiénes son. ¿Puedo hacer una pregunta?

—Todas las que quiera mientras no sean personales, claro. No creo que sea preciso recordarle que se trata de una cena de trabajo.

—¿Has dejado tu carro en el aparcamiento?

—Sí.

—Iremos en el mío, si no te molesta.

—Como quiera, pero sólo un rato. No vaya a creer que ya ha «ligado» con la secretaria de míster Munnighan, sería un error de su parte que no creo vaya a cometer.

—Naturalmente que no. Conozco un club nocturno, mitad pub mitad discoteca y boíte

—¿Un poco de todo?

El automóvil de James S. Mcloy era un deportivo alemán de color metalizado, dos plazas.

—Hum, los asientos están muy pegados al suelo.

—Sí, es para estirar las piernas a lo largo, de esta forma no has de mantener las rodillas dobladas.

—Está bien. —Se sujetó el cinturón de seguridad y mientras encendía un cigarrillo le dijo—: No corras en exceso. No necesitas demostrarme nada y mucho menos que este coche pasa de las ciento cincuenta millas.

—No soy ningún crío para cometer semejante estupidez.

El auto runrunó con fuerza y se alejó del parking. No parecían tener prisa en reanudar la conversación.

El coche salió de la ciudad por unas amplias autopistas. No fue a

buscar la carretera de la costa, sino la de la línea interior. Se introdujo por una carretera poco frecuentada, ya que había grandes espacios que podían calificarse de micro-desiertos. Luego, se encontraban extensiones de árboles frutales.

Al fin, arribaron a una urbanización cuya entrada estaba controlada por un portero metido en su cabina. James Mcloy sacó una tarjeta de la guantera, la mostró al portero y éste le saludó, franqueándole la entrada.

—Creo que nos han venido siguiendo.

—¿Sí? No me he dado cuenta —dijo Jennie, mirando hacia atrás.

—No puedo jurarlo, pero creo que un coche nos seguía; sin embargo no he pretendido alejarme de él, no merecía la pena.

—¿Para qué nos seguirán?

—No lo sé, puede que Staker haya enviado a alguno de sus detectives para que nos siga los pasos; no le gusto.

—¿Y si no es él?

—Entonces será cuestión de preguntárselo a los tipos que ahora tratan de entrar en la urbanización y lo más seguro es que intenten darle una fuerte propina al portero para que les deje pasar sin tarjeta de socio.

Cuando ya estacionaban el automóvil debajo de las marquesinas, Jennie preguntó:

—¿Eres socio de este club?

—Ajá. En realidad, hay dos clases de socios, los que poseen chalets en propiedad y los eventuales como yo. Es difícil obtener esta tarjeta, yo la conseguí a través de un sujeto que quería que vigilase a su hijo y a sus compañías. Le robaron al padre casi un cuarto de millón.

—¿El hijo a su padre?

—Sí, aunque el hijo tenía poco carácter y era otro el que dirigía los robos. El niño estaba sometido por los encantos de otra chica que además se entendía con el jefe de la pandilla.

—¿Fueron todos a la cárcel?

—No, su padre pensó que si denunciaba el hecho irían todos a prisión, incluyendo a su hijo.

—¿Olvidó el caso?

—Eso es lo que prometió que haría después de darle la bronca a su hijo, pero una semanas más tarde me enteré de que la parejita que sonsacaba al niño había ingresado en el hospital a consecuencia de un accidente de automóvil.

—¿Pudo ser el padre del niño que tú dices?

—Es posible, pero de ese asunto me encargaré yo. Hay tipos con mucha plata que prefieren arreglar sus asuntos particularmente, sin que la ley y la justicia intervengan. Seguro que será porque tienen mucho que ocultar y no les interesa la publicidad.

—¿A qué esperamos ahora?

—Saldremos después de que lo hayan hecho ellos. A oscuras este lugar es discreto.

Pasaron unos minutos. Al fin, de un automóvil estacionado también en un lugar en sombras, salieron dos hombres bien trajeados. Ambos eran altos y uno de ellos, más corpulento.

Intercambiaron unas palabras entre sí y luego se separaron. Uno se quedó en el parking y el otro se alejó hacia el interior de las instalaciones.

—Aguarda aquí ahora.

Mcloy abrió con mucho sigilo la portezuela y se deslizó al suelo hasta parapetarse tras el coche que era bajo de altura. Pasó de un vehículo a otro hasta que consiguió quedar frente al tipo que permanecía vigilando el parking.

—Hola. ¿Me buscabas a mí?

El tipo se quedó muy sorprendido. Se habría podido apreciar su palidez de haber luz suficiente.

—¿Quién, quién es usted? —preguntó, tratando de dominarse mientras se palpaba los bolsillos, como buscando un 'cigarrillo.

—Soy James S. Mcloy. ¿No me conoces?

—No, no le conozco. ¿Tiene fuego?

Mientras decía aquello, se llevó la mano al interior de la chaqueta como buscando algo. James disparó entonces un puñetazo de karate recto, con los nudillos por delante. Fue un golpe seco y contundente que dio sobre la mano que ya se hallaba en el interior de la chaqueta.

—¡Uyyy!

—Lo siento, con estos golpes suelen romperse los dedos.

El sujeto sacó la mano y James aprovechó para propinarle otro puñetazo de karate en gancho, inclinando él cuerpo y doblando las rodillas para cazar bien el paquete genital de aquel tipo que parecía hacerse el sueco.

—¡Agg!

James lo vio caer al suelo sin capacidad defensiva. No podía ya repeler las contundentes agresiones de que había sido objeto. James le metió la mano por el interior de la chaqueta y sacó la pistola que el tipo intentara empuñar y contra la cual, al recibir el primer puñetazo, debía haberse roto algún dedo, aunque ahora parecía más preocupado llevándose ambas manos al punto donde más le dolía y que estaba fijado entre sus piernas.

—Menos mal que llevas el seguro puesto. Hay ocasiones en que al dar el puñetazo de esta clase se dispara el arma y cuando menos te llevas un balazo en sedal —le quitó el cargador y dejó caer la pistola al suelo—. Ahora vas a decirme por qué me seguíais o te dejo chato. Te advierto que las operaciones de cirugía estética son un poco caras.

Le amenazó mostrándole el duro tacón de su zapato.

—No, no, basta, basta, no le he hecho nada, Mcloy.

—Hombre, parece que hasta recuerdas mejor mi nombre.

—Sólo queríamos saber adónde iba, nada más.

—¿Y quién es el que te paga?

El hombre quiso hacerse el mudo, pero James S. Mcloy bajó su zapato. Sabía que el otro podría tratar de cogérselo para retorcerle el pie, pero éste manteníase cauto, pues ya se había percatado de la rapidez y contundencia de los golpes que propinaba James Mcloy.

—Boccaccio.

—¿Y qué quiere Boccaccio de mí?

—No lo sé —farfulló con el zapato sobre sus narices, notando que le escocían.

—Está bien, pero dile a Boccaccio que no me sigan más; la próxima vez puedo molestarme.

James Mcloy regresó al automóvil donde Jennie le aguardaba.

—¿Qué ha pasado?

Antes de responder, el hombre puso en marcha el motor y salió del parking. Poco después, abandonaban el lugar.

—Llevabas bañador?

—No, ¿por qué?

—Lástima, hubiera sido una gozada verte sin él.

—No entiendo nada.

—Lo siento Jennie, pero tenemos que ir a otra parte. Efectivamente, nos seguían. ¿Te dice algo el nombre de Boccaccio?

CAPITULO III

—Si quieres quedarte dentro del coche puedes hacerlo, luego te llevaré a tu apartamento.

—No me gusta quedarme sola dentro del coche; además, mi «carro» está en el restaurante. Conque me lleves allí será suficiente.

—Tengo que entrar unos momentos en un club nocturno que no es un local muy edificante, ni siquiera elegante.

—Será interesante verlo, pues.

—Supongo "que estará lleno de prostitutas.

—¿Crees que van a confundirme con una de ellas? —preguntó desafiante, con una media sonrisa en sus labios carnosos y sensuales, llenos de color.

—Las hay de todas clases y no creo que ninguna lleve una etiqueta proclamando que lo es. En fin vamos.

Salieron del deportivo alemán. Jennie caminaba rápida, con su paso elástico. Cualquiera hubiera opinado que hacían buena pareja.

El club se hallaba enclavado en una edificación antigua y de muros grisáceos. Las puertas se abrían hacia el exterior y en ellas había fotografías clavadas con chinchetas a la madera, mostrando algo de lo que podía contemplarse dentro.

—Demoness Club. ¿De veras son diablasas?

—Dicen que a los hombres les gustan las mujeres que sean un poco diablasas, quizá por eso le pusieron este nombre.

Había un pequeño vestíbulo, luego' un ropero y un rótulo muy visible.

—«Los que no consumen son mirones, y los mirones van a la calle» —leyó en voz baja Jennie, añadiendo—: Muy expresivo.

—No te separes mucho de mí salvo que quieras que te metan mano donde no te vaya a gustar.

Jennie no respondió. Entraron en la sala del club. Una pista alargada partía del escenario y se introducía entre las mesas:

Dos cuarentonas pelirrojas bailaban al compás de unos bongos. Las voces de los clientes no sonaban en tono bajo y algunos se permitían el capricho de gritar obscenidades mientras varias mujeres mariposeaban de mesa en mesa.

Había mucho humo de tabaco que quedaba evidenciado por las luces focales y distintos aromas de colonias y perfumes trataban de amortiguar el olor a humanidad.

—Johnny, ¿estarás ocupado después del polvo? —preguntó un tipo con la cara picada de viruelas al pasar la pareja junto a ellos.

—No le mires y sigue caminando.

Jennie carraspeó y aceleró el paso, apartándose, cuando una mano

masculina trató de cogerla por los muslos.

—Esto parece la jungla de los simios —opinó la joven.

Rodearon la sala y llegaron a una pared cubierta con ajados cortinajes. Allí había tres hombres fumando. Eran sujetos de aspecto fornido y ojos enrojecidos, posiblemente porque pasaban todas las noches allí dentro, fumando y bebiendo.

—¿Adónde vas tan decidido? —le preguntó uno de ellos, cerrándoles el paso.

—Voy a ver a Boccaccio.

—¿A Boccaccio? ¿Y tú quién eres?

—Mcloy.

—¿Mcloy? Ah sí, he oído que hay un tal Mcloy, investigador privado, que anda por ahí haciéndose el listo.

—Seguramente seré yo al que te refieres. Dile a Boccaccio que sólo será un minuto y me voy, este club es una basura.

—Un momento —le atajó, suficiente, y chasqueó los dedos como indicando a los otros dos que le vigilaran. Jennie se acercó más a Mcloy, como temiendo quedarse sola, y en voz baja comentó:

—Esto es un burdel.

El matón regresó por detrás de las cortinas.

—Ha habido mala suerte, Boccaccio ha salido. ¿Cómo has dicho que te llamabas...?

—Igual que tú.

—¿Igual que yo?

—Sí, bastardo.

El matón acuchilló a Mcloy con la mirada. Los otros dos individuos se aproximaron más a ellos.

—Je, tienes sentido del humor. Conque bastardo, ¿eh? Y la putita que te has traído, ¿es para hacer juego a cuatro? Yo me encargo de sus nalgas, parece que las tiene duras.

Queriendo provocar y sabiéndose en mayoría, alargó su mano hasta coger una de las nalgas de Jennie que se apartó sin demasiado éxito.

—¡Suéltame, estúpido!

—Ha habido mala suerte —gruñó Mcloy a su vez.

El rodillazo alcanzó por sorpresa al matón y debido a la postura en que se hallaban ambos, encajó entre sus piernas.

—Ya no podrás usarlos esta noche.

Jennie se vio libre de aquel indeseable que cayó hacia atrás,, yendo a parar entre los brazos de sus compañeros.

La acción de ataque fue rápida, pero James Mcloy les contuvo. Había sacado algo negro de un bolsillo e hizo saltar una tapita al tiempo que advertía:

—Esto es una bomba de mano, hace pupa y mucho ruido antes de cinco segundos*, el local estará vacío y la policía preguntando, si por

casualidad los han llamado, de modo que atrás.

Los matones retrocedieron y Mcloy ordenó a Jennie:

—Pasa por la cortina, veremos si es cierto que Boccaccio ha salido.

Desaparecieron tras las cortinas y aún pudo oír cómo el matón que había recibido el rodillazo gruñía rabioso:

—¡Seguidlos! ¿A qué esperáis?

Jennie subió por una escalerilla de caracol. Arriba había un corredor con varias puertas. Por debajo de una de ellas descubrió luz mientras escuchaba las pisadas fuertes de los matones que pesarían cien kilos cada uno de ellos, como mínimo.

—James, si me cogen aquí... Por favor, vámonos —pidió asustada.

—Ya te he dicho que era mejor que esperaras en el coche, ahora ya estamos en el fregado.

Trató de abrir la puerta, mas ésta no cedió. Jennie miró a los matones que habían llegado al corredor. James se volvió hacia ellos y les arrojó lo que tenía en la mano.

—¡Ahí va!

— ¡No! —gritó Jennie.

Se produjo una explosión sorda y comenzó a brotar un humo denso mientras los dos matones caían precipitadamente por la escalera de caracol, e! uno sobre el otro, ante el temor de que les alcanzara una supuesta metralla.

—¿Qué pasa?

Se había abierto la puerta y apareció un hombre de estatura mediana, tirando a baja, con cara de batracio y cuerpo en forma de pera; un primor.

—Hola, Boccaccio, tienes un pésimo servicio de información, me habían dicho que habías salido —le dijo irónico mientras el corredor se llenaba de humo.

—¿Qué significa esto, Mcloy?

—Nada, una bombita de gases lacrimógenos. Dentro de poco, todos los clientes de tu local se pondrán a llorar. Si tienes algún número dramático o trágico, aprovecha para ponerlo ahora. Es el momento más oportuno, tendrá mucho éxito.

—Maldito hijo de...

—Phss, puedes arrepentirte de lo que digas.

Le empujó hacia el interior de la estancia. Jennie también entró y cerraron la puerta.

El despacho era amplio. Tenía mesa, un sofá y un mirador hacia el local que dominaba toda la pista. En el sofá había una muchacha jovencísima que sólo vestía bragas y tenía una expresión idiotizada.

—Hum, huelo a hierba —grufló Mcloy—. ¿Cuánta le has hecho fumar a la chica?

—¡Vete al diablo!

—¿Es nueva?

—Mcloy, no me asustas. —Miró a Jennie y silabeó amenazador—: Si haces el idiota, ella puede lamentarlo.

—Aprisa, Boccaccio, dentro de poco tus matones llamarán a la puerta preguntando si estás ocupado o ya la has cagado.

—¡Mcloy! —resopló, furioso—. Te crees invulnerable, pero...

Golpearon la puerta que no se abría porque James había colocado el cerrojo.

—¿Lo ves? Tus perros llaman a la puerta. ¿Están muy educados o es que la puerta está blindada contra ladrones?

—¡Basta, estoy bien! —les contestó Boccaccio.

Cesaron los golpes, pero la voz del que había recibido la patada gritó:

—¡Boccaccio, hay gases lacrimógenos! —y tosió.

—Poned en marcha todos los ventiladores y música rápida y por los altavoces decid que una ronda de whisky la paga la casa. Vamos, aprisa, antes de que se largue todo el mundo... —Bufó y luego se encaró con el investigador—. Bien, ya la has organizado, Mcloy. ¿Es lo que querías?

—Yo sólo deseaba hablarte, pero como me has puesto impedimentos...

—Quiero irme a mi casa —dijo de pronto la chica medio idiotizada por la droga, moviendo la cabeza a derecha e izquierda,

—¿Por qué has pedido que me sigan?

—¿Qué dices, seguir yo a Mcloy? ¿Por qué habría de hacer perder el tiempo a mis hombres? —inquirió, jocoso.

—No lo sé.

—¿Te apetece una copa?

—¿Para que puedas drogarme? Anda ya, hace tiempo que me destetaron.

—Pues, a mí me siguen gustando las tetas —dijo Boccaccio que había recobrado la calma.

Se sentó al lado de la muchacha palpándole uno de los pechos que los tenía grandes, casi exuberantes pese a que el resto del cuerpo era delgado.

—Boccaccio, tú has enviado a dos hombres para que me siguieran y quiero saber por qué.

—No tengo que seguirte para nada. Nos conocemos pero no demasiado. En realidad, tú nunca me has provocado pleitos hasta ahora.

—Siempre puede haber un principio. Pensé que necesitaría hacerte unas cuantas «caricias» para que soltaras la lengua de sapo que tienes, pero no voy a hacerlo; no obstante, la próxima vez que cerca de mí oiga el nombre de Boccaccio y me esté molestando, será mejor que te

escondas en otra parte. Ahora, suelta a la chica.

—¿Qué?

—Que la sueltes, ya has oído que quiere irse a su casa.

—Ni lo sueñes, es filete nuevo para mí.

Mcloy sujetó la punta de su dedo corazón con el pulgar, en arco. Lo soltó y le dio en la nariz a Boccaccio que sacudió la cabeza, dolorido.

—El próximo será un puñetazo para dejarte más chato y si quieres más diversión... —Se volvió hacia Jennie, pidiéndole—: Ayúdala con la ropa, se viene con nosotros.

Jennie se encontraba un poco desconcertada en aquella situación que no esperaba vivir aquella misma noche. Jamás antes se había metido en un antro semejante.

Encontró unos pantalones vaqueros y un jersey. Comprendió que no sería fácil meterle los pantalones a la chica drogada y optó por colocarle el fino jersey, cubriéndole el cuerpo hasta la cintura.

Ella se dejaba hacer, seguía como ausente. Lo mismo le hubiera dado que le cayese un rayo sobre la cabeza.

—Esto me lo pagarás, Mcloy.

—Qué bien. Suelo pagar a los treinta de cada mes; en febrero, la ventanilla está cerrada. Vamos, Jennie.

Jennie empujó por el brazo a la chica que terminó levantándose. Se movía como medio dormida.

—Boccaccio, hay una salida atrás, ¿no?

—¿Esperas que te lo diga?

—Sí, a menos que quieras una propina antes de que me marche. Puedes escoger entre la mejilla derecha, los codos, las rodillas o la entrepierna. Tienes cinco segundos para escoger, de lo contrario elegiré yo el lugar y te va a doler mucho. De todos modos, saldré de aquí.

Boccaccio resopló. Tras meditar ligeramente, dejó a un lado su terquedad, decidiendo que otra ocasión sería mejor para vengarse.

—Sigue el corredor. La puerta con el número cuatro da a una escalera camuflada.

—De acuerdo, veo que eres sensato. Ah, y terminaré averiguando por qué me has hecho seguir.

Al abrir la puerta, Mcloy descubrió a los dos matones en el corredor. Tenían los ojos enrojecidos y anegados de lágrimas.

—Boccaccio os llama —les dijo.

Mientras las dos mujeres y Mcloy se alejaban por el corredor, los matones se lanzaron al interior del despacho.

Cuando recibieron la orden de perseguir a Mcloy, éste ya desaparecía por detrás de la puerta cuatro. Temiendo que les lanzara alguna otra sorpresa como la bombita de gases lacrimógenos, regresaron al local que pese a la música trepidante y a las chicas que

bailaban en la pista, incapaces de contener el lagrimeo provocado por el gas que se había esparcido por todas partes y que sin ser peligroso sí resultaba muy molesto, los clientes desfilaban.

Ya en un callejón, dieron la vuelta en busca del automóvil deportivo. La chica seguía tambaleante, incapaz de sostenerse, y Mcloy optó por cogerla entre sus brazos como si estuviera inconsciente, pesaba poco.

Jennie se adelantó por la calle.

Vieron a los clientes del Demoness Club con pañuelos en la mano, buscando aire puro, y a unas cuantas furcias que habían salido a la puerta también buscando aire para sus ojos que dejaban correr toda la pintura con que los transformaban.

Subieron al deportivo. Jennie se apretó con la muchachita para ocupar un solo asiento.

—¿Qué hacemos con ella, la llevamos a un hospital?

El motor del deportivo runruneó, alejándose del lugar donde estuviera estacionado.

—No, la chica no es una drogadicta, sólo es una víctima de Boccaccio. Hay que llevarla a su casa.

—¿Y dónde está su casa?

—No lo sé, pregúntaselo.

Jennie se volvió hacia la chica que tenía los ojos extraviados. Seguramente no sabía ni dónde estaba.

—¿Dónde vives?

—¿Yo?

—Sí, tú, ¿dónde vives?

—En Remington Street.

—Remington Street, ¿sabes dónde está eso? —interrogó Jennie a Mcloy.

—No, pregúntaselo a ella.

—¿Dónde está Remington Street?

—En Filadelfia —contestó la chica, hablando como una sonámbula.

—¡Por todos los cuernos del demonio, estamos a miles de millas de Pensilvania!

—¿Qué hacemos ahora?

—No pretenderás que busque la autopista para atravesar los Estados Unidos, ¿verdad?

—No, claro, pero esta infeliz, ¿cómo ha llegado de Filadelfia hasta aquí?

—Lo ignoro, trata de blancas, quizá auto-stop. Cuando se le pasen los efectos de la droga nos lo explicará. Esta noche sería mejor que la tuvieras en tu casa, ¿te molesta?

Jennie parpadeó al tiempo que abría mucho sus ojos. Pensó que acercarse a James Mcloy era meterse en un lío tras otro.

CAPITULO IV

Era casi mediodía cuando James S. Mcloy pulsó el llamador musical del apartamento moderno, incluso lujoso, que tenía rentado Jennie, la secretaria de míster Munnigham, el multimillonario que temía por su vida.

Jennie apareció cubierta con una bata larga de color amarillo, muy ligera. En su diestra tenía un cigarrillo, y de no haber sido tan joven, se habrían notado en su rostro las secuelas de una mala noche.

—Hola, te esperaba más pronto.

—He tenido que trabajar duro. Ya tengo datos, los primeros datos importantes sobre la gira de míster Munnighan.

Jennie cerró la puerta y se adentró en el living, la pieza más grande e importante del apartamento.

—Trabajas aprisa, ¿eh? —comentó.

—Sí, es necesario. En Los Angeles, hotel Galaxy, habitación doscientos veinticuatro y en Dallas, Welcome Hotel, habitación quinientos catorce.

—¿Qué significa lo que dices?

—Que en las visitas que míster Munnighan hará a esas ciudades, ocupará las habitaciones de los hoteles que te he dicho. Todavía hay más, tengo que concretar, pero eso no importa ahora. ¿Cómo está la chica?

—En mi habitación. Yo he pasado la noche en el sofá, leyendo.

—¿No has podido dormir?

—No, nada. Ya he telefoneado a la oficina advirtiéndole que llegaría más tarde o mañana. He dicho que colaboraba contigo, supongo que eso no molestará a míster Munnighan.

—No lo creo. Vamos a ver a esa chica.

—¿Qué piensas hacer con ella, avisarás a la policía?

—No creo que sea necesario.

Se dirigió al dormitorio. Efectivamente, la chica estaba en la cama, tumbada, aparentemente dormida.

—¿Puedes llenar la bañera?

—¿Agua caliente? —preguntó Jennie.

—Fría.

—Le vas a dar un sobresalto.

—Eso espero.

—Hum, veremos cómo acaba esta situación. A lo peor te arranca los ojos.

Se pudo oír el ruido del agua llenando la larga bañera. Luego, el ruido cesó y Jennie regresó junto a James que esperaba en la salita.

—Ya está.

—Bien, no perdamos tiempo. El avión sale dentro de dos horas.

—¿Qué avión?

James no le respondió. Fue a la alcoba, cogió a la muchacha entre sus brazos y la levantó en el aire. Se introdujo en el cuarto de aseo, se acercó a la bañera calculando bien las distancias para evitar un golpe inoportuno y la dejó caer en su interior.

— ¡Aaaah!

Jennie iba de sorpresa en sorpresa ante las drásticas actuaciones de James S. Mcloy.

La muchacha comenzó a chapotear, salpicando en torno suyo, se ahogaba. James, sin importarle mojarse, la tomó por las axilas, la levantó ligeramente y la oprimió contra su pecho.

—Vamos, vamos, que no te has caído del barco, esto es sólo una bañera.

—Ah, ah... —la chica respiró entrecortadamente, abriendo mucho los ojos y mirando a su alrededor—. ¿Dónde estoy?

—En casa de unos amigos.

—¿Quiénes sois? —preguntó desconcertada, mirándolos.

—Dos amigos, lo ha dicho él —repitió Jennie.

—¿Y este lugar, esta casa?

Jennie explicó:

—Es mi apartamento.

—Mira, nena, te sacamos de un burdel antes de que fuera demasiado tarde. Te habían drogado y te rescatamos de allí porque creímos que eras un pajarillo perdido en las zarpas de unos terribles gatos.

—Tommy, Tommy, fue Tommy —dijo, volcando su cabeza contra el pecho de James Mcloy que se hallaba sentado en el borde de la bañera mientras ella se conservaba medio sentada dentro del agua.

—¿Tommy?

—Sí, Tommy. Me enamoró, me llevó de un sitio a otro, me dio cigarrillos que llevaban al cielo.

—Eso no te lo creas nunca, guapa, son cigarrillos que a la larga o a la corta te llevan al infierno. ¿Y qué más?

—No recuerdo más.

—Pues ese Tommy sin duda es un cazador de incautas que luego vende a los proxenetas y cuando os dais cuenta, ya estáis convertidas en furcias sin remedio.

—Dios mío, qué horror —se lamentó la chica.

—Estás muy lejos de tu casa, de modo que ahora cogerás el avión y te irás.

—¿El avión?

—Sí, debes haber viajado drogada dentro de algún vehículo para que no te dieras cuenta. Suelen trasladar a las nenas raptadas de un

estado a otro, os crean confusión. Os sentís desligadas y nadie puede reconoceros. Ya en tu casa, le cuentas a tus padres lo ocurrido, pero no llames a la policía por el momento salvo que ese. Tommy se te acerque de nuevo.

Más tarde, con ropas prestadas por Jennie, la desconocida muchacha subía a la escalerilla del avión tras abrazarse a James Mcloy.

—Pareces su psicoanalista —opinó Jennie al ver partir el avión por el cielo azul de California.

—¿Por qué su psicoanalista?

—Porque se ha enamorado de ti.

—Eso está bien. Si se ha enamorado de mí para olvidarse de todos los Tommy hijos de perra que engañan y raptan, hay que aceptarlo. Ahora, vamos, no podemos perder más tiempo.

—¿Adónde?

—Al Strong Building. Staker tiene que darme muchos informes, también tengo que hablar con míster Munnighan. Por cierto, te debo una noche de diversión.

—¿A mí?

—Sí, ayer se complicaron mucho las cosas.

—Es cierto se complicaron, pero fue una noche divertida o por lo menos con sobresaltos.

—¿Tuviste miedo?

—Un poco, me sentí rodeada de unas manos que querían atraparme.

—¿Te imaginas como lo pasan esas infelices de la «vida alegre» que no son ninfómanas?

—Sí, muy mal.

—Hay demasiados tipos como Boccaccio o como ese Tommy del que ha hablado la chica que os convierten en objetos de consumo.

—Si no hubiera paganos, no habría Boccaccios ni Tommys.

—Tengo que darte la razón —admitió Mcloy.

Se introdujeron en el coche deportivo y partieron hacia el Strong Building.

Jennie observaba de reojo al investigador privado le parecía un hombre extraordinariamente seguro de sí mismo.

—Contigo, míster Munnighan puede sentirse seguro.

—Hasta que no haya regresado de su gira, no hay que cantar victoria. Tiene un avión particular, un coche blindado que encargó a una filial de la G.M. y si va en tren, tomará un vagón completo con las máximas medidas de seguridad.

—¿No crees que todas esas medidas son excesivas?

—Eso pienso yo, pero míster Munnighan parece convencido de que alguien va a matarle y no hay tipos más apegados a la vida que los que se están muriendo por enfermedad. Yo debo suponer que tiene sus

razones fundadas para temer que lo maten en esta gira en la que se va a exponer al público. Si no lo creyera así, tendría que pensar que está loco.

—Te puedo asegurar que míster Munnighan está cuerdo, muy cuerdo. Tiene una mente despejadísima para los negocios, es uno de esos raros casos que se dan en deportistas que luego son grandes financieros.

—Sí, no cabe duda de que es un gran financiero. Pero ¿qué habrá llegado a hacer a lo largo de su vida para amasar millones para que ahora tenga tanto pánico de que le maten?

—No lo sé, siempre hay gente que odia.

—¿Hasta el asesinato?

—Me haces preguntas y no sé hallar las respuestas.

—Yo tampoco las conozco y tengo que averiguarlo. No quiero comportarme como un simple guardaespaldas que se coloca a su lado, dispuesto incluso a recibir los balazos que vayan dirigidos a él.

—¿Los recibirías?

—No, por supuesto que no, y él lo sabe. No soy ningún héroe ni mártir de causa alguna.

—Entonces, ¿qué eres?

—Un hombre que trata de ser el máximo eficaz, dejando los tópicos a un lado. Me han ofrecido un trabajo y lo he aceptado, nada más y nada menos, porque cuando acepto, trato de cumplirlo con eficiencia, cueste lo que cueste.

—Tu forma de hablar me parece hasta un poco cruel.

—No trato de serlo, tampoco me importa demasiado como me vean los demás. Lo que pretendo es ser fiel a mí mismo y no defraudarme.

—¿No te importa nadie en la vida, aparte de ti?

—Perdí a mis padres en un accidente, siendo muy niño, no tenía hermanos. La póliza de seguros cubría mi educación completa. He vivido veranos con distintos familiares, he conocido a chicas y he tenido amigos pero...

—¿Estás solo?

—Hasta que alguien no me decepcione. Mira, ahí está el arrogante rascacielos de míster Munnighan ¿Por qué no ha tenido hijos con ninguna de sus tres esposas?

Jennie bajó la voz, temerosa de ser oída, y explicó:

—Dicen que ha sido estéril por culpa de una patada que le dieron jugando en uno de sus campeonatos de rugby.

CAPITULO V

James Mcloy consultó su reloj «Rollex».

«Diez y veintidós minutos», se dijo.'

Calculó el tiempo del recorrido.

El auto blindado desapareció en el parking del hotel. Mcloy había revisado cuidadosamente la habitación. Sabía quiénes se hallaban en los cuartos contiguos, había repasado el ascensor y hasta su sala de máquinas.

Su investigación había sido exhaustiva con ayuda del detective del hotel.

Dos guardaespaldas del servicio de seguridad vigilaban el corredor y el vestíbulo. En apariencia no ocurría nada, pero todo estaba controlado para que Howard Munnighan no sufriera ningún atentado y James S. Mcloy actuaba como si el atentado fuera inminente. Era su forma de trabajar; si ocurría algo no le cogería desprevenido.

El ascensor debía estar subiendo, se abrían las puertas. La silla de ruedas, con su carga, avanzaba hacia la puerta doscientos veinticuatro. Se abría la puerta y la silla desaparecía en el interior de la estancia. Un hombre la acompañaba.

Todo ocurrió muy aprisa...

Mcloy vio estallar el cristal de la ventana, y de inmediato, miró hacia los edificios del otro lado de la calle. En una de las ventanas del piso catorce vio un poco de humo y fue suficiente para que James S. Mcloy saltara de su automóvil y corriera hacia el edificio en cuestión.

No se había oído ningún ruido que pudiera calificarse de especial.

Mcloy tenía una idea muy clara de lo que debía haber sucedido, por ello se introdujo en el edificio. Era una construcción dedicada a oficinas. El conserje mantenía un orden y una limpieza, pero le era materialmente imposible conocer a todos los empleados que allí trabajaban, y mucho menos a toda la gente que entraba y salía.

En un ascensor subió hasta el piso cuarto. Tuvo tiempo de ver a un hombre vestido de blanco, un hombre de la limpieza con un carrito y un cubo salía de una pequeña oficina de publicidad.

James saltó sobre la oficina, abriendo la puerta con violencia.

Una mujer con las manos atadas a la espalda y la boca tapada, acababa de conseguir salir del lavabo.

Comprendió lo que acababa de suceder y abandonó la oficina corriendo, sin preocuparse de la mujer amordazada.

En el corredor, el hombre del mono blanco, acababa de llegar a la puerta del montacargas,

—¡Eh, usted!

El hombre, en principio, se hizo el desentendido. Luego miró a

James que corría hacia él, pero se mantuvo quieto.

—¿Qué pasa?

—¿No ha visto a un hombre con algo largo en la mano? —preguntó, jadeante. „

El hombre del mono blanco, mientras James se le acercaba, frenando su carro, respondió:

—Sí, lo he visto, ha cogido el ascensor.

—¡Qué pena! —exclamó James ladeando medio cuerpo, pero sólo para volver a recuperar su posición inicial al tiempo que proyectaba un gancho de derecha que dio de lleno en el mentón del supuesto empleado de la limpieza que se fue al suelo de espaldas, resbalando sobre el piso encerado.

Antes de decir nada, James Mcloy levantó la tapa del cubo. Dentro descubrió lo que buscaba: Un rifle de alta precisión desmontado en dos piezas y metido en una bolsa de lona plastificada que no había llegado a ocultarlo totalmente.

—Conque el ascensor, ¿eh?

El hombre del mono blanco sacó una navaja de su bolsillo. Oprimió un resorte y se desnudó la hoja de acero con un chasquido.

— ¡Fuera, fuera! —exigió, mirando el montacargas que acababa de detenerse.

James Mcloy se apartó ante la amenaza de la afilada hoja mientras la mujer de la boca tapada asomaba su cabeza por el quicio de la puerta, buscando alguien que la liberara.

—¿Eres un sicario o trabajas por tu cuenta?

—¡Fuera, fuera! —repitió, respirando ya como una fiera, dispuesto a matar antes que dejarse atrapar.

Su forma de mirar, el color de su piel, su respiración, el movimiento convulsivo de su mano armada, todo él era claro reflejo de su situación desesperada.

James Mcloy se daba cuenta de que un pequeño error por su parte podía costarle la vida. Por ello, se apartó, mientras aquel asesino abría la puerta metálica del montacargas. Iba a introducirse ya en la cabina cuando James Mcloy saltó, dando media vuelta en él aire.

El canto de la puerta metálica golpeó ligeramente la cabeza de aquel asesino y le atrapó el brazo.

El patadón contra la puerta metálica por parte de James Mcloy fue repetido por segunda vez y le hizo gruñir de intenso dolor.

James volvió a cargar contra la puerta metálica mientras le atenazaba con la zurda la otra muñeca armada y le hundía un durísimo codazo en el hígado que le dejaba sin respiración.

Consiguió golpearle la cabeza contra el armazón metálico del montacargas. Hacerle saltar luego la navaja de la mano fue muy fácil.

—Vamos, dime si trabajas solo o para quién. Tienes una

oportunidad para que te deje escapar.

—No sé de qué me hablas... —farfulló—. ¡Auuuuuh!

Un nuevo puñetazo en corto, de abajo arriba en el bajo vientre, le hizo entrar en razón.

—No le has matado, pero si quieres, te retengo hasta que llegue la policía. Tienes el arma, la mujer de la oficina te reconocerá. ¿Qué más deseas?

—Me han pagado.

—¿Cuánto?

—Diez de los grandes.

—¿Quién? Vamos, dime quién o te pasas el resto de tus días en la cárcel.

—¡No lo sé!

—Mientes.

—Trabajo para una organización.

—¿Cuál?

—¿Qué más da el nombre? Es una tapadera.

—Dímelo, ya viene gente, es tu última oportunidad.

—Flowers four your friend.

—¿De dónde?

—San Francisco.

Le dio un empujón y lo metió en el montacargas, cerrando la puerta. Varias personas le observaban a distancia. Habían quitado la mordaza a la mujer que acababa de sufrir una lipotimia por shock nervioso.

Mcloy regresó al hotel Galaxy.

En la habitación doscientos veinticuatro esperaba uno de los guardaespaldas, tal como le habían ordenado. Cerca de la ventana había una silla de ruedas ocupada por un muñeco de cera. Los cristales del ventanal estaban rotos.

—Dos balazos —concretó el hombre de seguridad.

James S. Mcloy miró la cabeza. Efectivamente, estaba perforada en dos puntas. De haber sido Howard Munnighan en persona, la muerte habría sido inevitable.

—Tiene buena puntería el sicario.

—¿Lo has visto?

—Sí, es un tipo a sueldo.

—¿Lo has llevado a la policía?

—No, no hubiera servido de mucho. Habría significado un proceso largo y dar muchas explicaciones que míster Munnighan no desea dar al respecto. Sigo las indicaciones de su abogado Percival Herbertson.

—¿Qué hago ahora?

—Restaure el muñeco y sigue con los planes trazados. Hemos podido evitar este atentado, pero no sabemos lo que ocurrirá en el próximo.

Dejó al vigilante ocupado con el muñeco y la silla de ruedas.

Nadie en el hotel parecía haberse percatado de nada. El silenciador había funcionado con toda perfección y el aislamiento de las habitaciones había impedido que se le diera importancia a una vulgar rotura de cristales. '

Tomó el ascensor y subió a la habitación novecientos catorce del hotel Galaxy.

Uno de los vigilantes permanecía sentado en una butaca, leyendo un periódico. James le hizo una seña con la mano y después llamó a la puerta. El vigilante, con un micro transmisor-receptor, comunicó desde su posición al interior de la suite quién era el que llamaba.

La puerta fue abierta por el abogado Herbertson. Dentro estaban Jennie y cerca de las ventanas, en su costosísima silla de ruedas, mister Munnighan que se volvió hacia el investigador privado.

—¿Cómo va todo?

—Bien, bien. —Mcloy se dejó caer en una butaca, sacó un cigarrillo y le prendió fuego antes de seguir hablando, todos le miraban, expectantes—. Un sicario profesional ha tratado de matarle.

—¿Con explosivos, a balazos o cortando los cables del ascensor?

—A balazos. Mira telescópica, fusil especial con silenciador. Tengo el armatoste en mi coche, y puedo asegurarle qué tenía buena puntería. El muñeco que se suponía era usted mismo, sentado en su silla de ruedas, ha quedado con la cabeza agujereada por dos disparos.

—Vaya, son finos. —Miró la ventana e hizo correr la silla hacia atrás.

Jennie exclamó bajito:

—Esto es horrible.

—De modo que sí tratan de asesinar a mister Munnighan —comentó Herbertson

—Mister Munnighan, me facilitaría mucho las cosas —comenzó a decir Mcloy—, que hablara de sus enemigos más personales.

—Ya les he dicho que los ignoro. Tengo demasiados para conocerlos a todos, por eso soy un hombre importante. Las personas insignificantes, si tienen un enemigo, lo conocen; yo no.

—¿No podría ser algún pariente heredero?

—Lógicamente tengo algunos parientes que heredarán de mí, pero son en tercer grado. No, no creo. Además, saben muy bien por Percival que el grueso de mi herencia irá a parar a una fundación que lleva mi nombre. Percival conoce mi testamento; no es ningún secreto para usted, Mcloy, que ha de defender mi vida.

Mcloy miró al abogado Herbertson y le preguntó:

—¿Es cierto?

En vez de responder el abogado, lo hizo mister Munnighan, molesto.

—¿Cree que miento?

—No, pero le pregunto a él y no a usted.

—¿Cómo se atreve con tanta insolencia?

—Yo no soy su empleado, míster Munnighan. Usted ha contratado unos servicios, nada más. Yo estoy en mi derecho de dudar de todo y de todos.

—¡Yo soy el que pago! Su rostro enrojeció de cólera. Encastillado en su Strong Building, no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria.

—De acuerdo míster Munnighan, si no me deja trabajar a mi manera, dejo de ocuparme de su protección y me largo, pero como es usted el que me echa, me pagará los mil diarios que acordamos hasta el día de hoy. Ah, y luego mírese el muñeco con los dos agujeros en la sesera.

—Está bien, no discutamos. Siga su contrato, pero no me provoque demasiado, sus formas de actuar no me van. Me siento cansado, muy cansado, cada día más enfermo y no estoy de humor para aguantar sarcasmos ni nada que se le parezca.

—Míster Munnighan, aunque me repita que no conoce a sus enemigos, pienso que usted tiene alguna razón concreta para sospechar que desean eliminarlo.

—Mcloy, usted ha de proteger mi vida. He de admitir que hace bien su trabajo, pero no le autorizo a investigar mi vida privada. Ahora, por favor, me siento muy agotado...

CAPITULO VI

Ya en la barra del bar del hotel, el abogado Herbertson preguntó:

—¿Seguro que todo no ha sido una representación para justificar el salario que míster Munnighan va a pagar?

—Vamos, abogado, vamos, puede ir preguntando al edificio de enfrente.

—¿Cómo sabía que un asesino iba a disparar contra míster Munnighan?

—Cuando acabe la gira, si estoy de humor, a lo mejor se lo cuento.

—¿Y por qué no ahora?

—Tengo mis métodos de trabajo, no insista; pero me haría un favor si me entregara una lista de personajes que han caído arruinados por el arrollador poder de los dólares de míster Munnighan.

—Es imposible darle esa clase de datos sin que me autorice el propio míster Munnighan.

—Lo único que hacen es poner dificultades a mi trabajo —se quejó Mcloy. —Nadie quiere ayudarme, pero si se cargan a míster Munnighan, seré yo el que ha fallado.

—Peor será para míster Munnighan que se quedará muerto —intervino la joven secretaria.

—Jennie tiene razón —dijo el abogado Herbertson—. En fin tengo que hacer, he de preparar unas cosas para la asamblea de esta noche.

—El discurso de míster Munnighan?

—¿Supone que los escribo yo para que él los pronuncie?

—Sí.

—¿No le cree capaz a él de escribirlos? —preguntó entre irónico y desafiante, con un poco de orgullo en el fondo.

—Lo que creo es que cuando se empiezan a amasar los millones, los sujetos como míster Munnighan escriben y sueltan ellos mismos sus discursos, pero cuando ya llevan mucho tiempo nadando entre millones, no se permiten el lujo de hacerlo, prefieren que los escriban y si el que lo hace es abogado, tanto mejor, así se pueden evitar pleitos. Los políticos hacen lo mismo, pese...

—¿Pese a qué?

—A que nadie les escucha cuando sueltan la verborrea de sus discursos, en el fondo, los «negros», los que escriben los discursos para que otros los pronuncien y me refiero a los sujetos como usted, abogado, los hacen demasiado parecidos unos a otros, nada comprometidos, y suenan a zumbido.

—Menos mal que todos no piensan como usted, Mcloy.

—Supongo que muchos piensan como yo, pero se tienen que aguantar con lo que les echen, es ley de supervivencia. Hay muchos

que no son tontos, pero para seguir adelante conviene parecerlo.

—Hum... —Herbertson se volvió hacia Jennie—. Nos veremos más tarde, tengo que consultar unos documentos contigo.

—Está bien, llámeme a mi habitación.

Cuando el abogado se alejó; Jennie le preguntó a Mcloy:

—¿Por qué eres tan duro con la gente?

—No sé qué me ocurre, es como pasar por una ciénaga pestilente que te obliga a taparte la nariz para poder soportar la situación y si lo haces, te asfixias.

—Si no te hubiera visto arriesgarte por salvar a la muchacha drogada, creería que eres tan duro como deseas aparentar.

—Hay cosas que me revientan y lo que hacía Boccaccio con aquella chica era una de esas cosas que no soporto.

—¿Volverías a hacerlo?

—Creo que si hay alguien capaz de engañarme, es una mujer. Pese a ello, creo reconocer a una pobre ingenua pegada a la telaraña de un proxeneta de otra que desea ser furcia.

—Respecto a ese atentado, ¿no has podido averiguar nada más?

—No. Flowers for your friend es, efectivamente, una tienda de flores y le pagan por atender a un número de teléfono, eso es todo. Nada o muy poco averiguaría por ese lado.

—¿De veras se dedican a matar por encargo?

—Sí, hay más organizaciones de éstas de las que supones. En ocasiones, no sólo asesinan, también aceptan encargos de palizas o de defunciones por accidente. No tienen escrúpulos y, generalmente, desconocen la identidad del que contrata una paliza o asesinato. Son las reglas del juego, lo único importante es cobrar el dinero.. Todo está montado de forma que si se descubre al sicario, jamás se consigue llegar hasta el contratante que desea la muerte. Son negocios con larga tradición en los Estados Unidos y, desgraciada y trágicamente, funcionan bien.

—De esta forma, cualquiera puede morir asesinado impunemente.

—Sí, mientras el que desee la muerte tenga dinero suficiente para pagar. Estos encargos son muy caros y cuanto más cobra la compañía criminal, mayor seguridad de anonimato para el contratante.

—Hablas de esos asuntos del crimen con una frialdad que asusta.

—El crimen existe desde que apareció el hombre sobre la faz de la Tierra, y no por dejar de hablar de él va a evitarse. Hay muchas formas de cometer crímenes, pero ¿qué te parece si dejamos ese tema y nos vamos del hotel?

—¿Irnos del hotel? Hay asamblea, vendrán todos los que participan en ella.

—Hay gente que se ocupará de todo eso, un rato libre podemos tomárnoslo, ¿no crees?

—No, no puedo marcharme, he de estar aquí por si me requiere míster Munnighan.

—Eres una secretaria muy eficiente, tengo que felicitarte.

—Gracias, sé que me comprendes.

Se separaron.

Jennie subió en el ascensor hasta la habitación que ella ocupaba en el hotel. Se franqueó la puerta, encendió la luz y se encontró frente a frente con un encapuchado que la encañonaba con una pistola.

La capucha era roja; los ojos, oscuros, y tuvo la impresión de que el encapuchado usaba lentillas, tan intenso era el brillo que despedían sus pupilas. La voz sonaba forzosamente ronca.

—Si das un solo grito, te mato aquí mismo.

—¿Qué, qué quiere de mí? —balbució, asustada.

Sin dejar de encañonarla, se acercó a ella hasta cogerla del brazo.

—¿Qué va a hacerme?

Había miedo y súplica en la pregunta de Jennie.

—Obedece o te mato.

La joven obedeció y, de pronto, notó un doloroso y agudo pinchazo en su nalga derecha.

Quiso moverse, pero el hombre la sujetó por la espalda. Notó el líquido entrando en su cuerpo y después, un sabor desagradable inundó su boca. Tuvo la sensación de estar alcoholizada, la vista se le nubló y perdió el sentido.

CAPITULO VII

La asamblea tenía lugar en el gran salón de reuniones del hotel Galaxy.

—Las muletas —exigió míster Munnighan, casi mordiendo las palabras.

—Será mejor que vaya en silla de ruedas —le recomendó Herbertson—. La mesa es larga.

—¿Te crees que soy idiota, Percival? Quiero las muletas, he de llegar por mi propio pie, todavía no estoy muerto —gruñó míster Munnighan mientras sus manos huesudas, ya carcomidas por la enfermedad como el resto de su cuerpo, tomaban las muletas.

Hubo de ser ayudado por las manos de sus vigilantes de seguridad, dos hombres fuertes escogidos por James S. Mcloy que vestían ropas como si fueran ejecutivos.

Mcloy observaba la escena a distancia, embutido en su smoking, traje obligatorio para los hombres en aquella asamblea. Estaba comprobado que todo iba bien, que nadie parecía albergar intenciones malignas.

—*Ladies and gentlemen* —habló el jefe de relaciones públicas por el micrófono, llenando con su voz toda la sala—. ¡Míster Howard Munnighan está con nosotros, lo que promete lo cumple!

En aquel instante apareció la figura de míster Munnighan avanzando con sus muletas y una salva de aplausos llenó el salón. Míster Munnighan siguió avanzando, como respirando con fruición aquella atmósfera de triunfo.

Era como un actor teatral en noche de estreno; recibía los aplausos como el alimento imprescindible para seguir viviendo.

Llegó a su butaca. Uno de los que le protegían ya estaba alerta por si sufría un desvanecimiento. Howard Munnighan, antes de sentarse, se enfrentó con el micrófono.

—Gracias por haber acudido a la asamblea de los triunfadores que sois vosotros y ahora, a comer y a beber... Luego charlaremos, amigos.

Nuevos aplausos. Míster Munnighan se dejó caer en su butaca, al borde del desfallecimiento. Su cuerpo era incapaz de sostenerse por sí mismo más allá de un par o tres de minutos.

James S. Mcloy vio el ir y venir rápido de los camareros en medio de aquel ambiente de euforia, prestos a aplaudir. Todos los invitados a la asamblea llevaban pegatinas identificativas prendidas en sus smokings o en los trajes de noche de las mujeres.

Mcloy se cruzó en varias ocasiones con los vigilantes de seguridad de míster Munnighan y los que el propio hotel poseía para evitar problemas en grandes reuniones.

Había comido antes de una forma frugal para no sobrecargar su estómago. Si necesitaba intervenir, debía mantenerse ágil y despejado; sin embargo, tenía su puesto en la larga mesa presidencial, un puesto junto al extremo izquierdo adonde ahora se dirigía. Descubrió dos butacas vacías y al acercarse, leyó una de las tarjetas.

—«James S. Mcloy», éste es mi sitio. —Leyó la otra tarjeta—: «Jennie Clemans». —El sitio estaba vacío.

Más a su derecha se hallaba el abogado Herbertson y en el centro de la larga mesa presidencial, míster Munnighan.

—Eh, abogado.

—¿Qué ocurre, Mcloy?

—¿Ha visto a Jennie?

—¿Jennie? Pues no, no la he visto. ¿No ha venido esta noche?

—No.

—Debe encontrarse mal, es muy raro, aunque con las mujeres nunca se sabe, una jaqueca puede estropearlo todo. Ya sabe, sus ciclos mensuales...

—Váyase al diablo, Herbertson.

—Qué humor.

Todo iba bien en la asamblea. Cenarían, beberían y después, Munnighan lanzaría su discurso de apoyo a las inversiones. Con el dinero del multimillonario de por medio, otros se atreverían a invertir.

Discretamente, Mcloy abandonó el gran salón.

Se dirigió a conserjería y tras identificarse como el jefe de seguridad del multimillonario Munnighan, el mejor cliente que tenía el hotel Galaxy por aquellos días, preguntó:

—¿Ha salido miss Jennie, la secretaria de míster Munnighan?

El jefe de conserjería miró el cuadro de llaves tras consultar el libro de registro y respondió:

—No, no ha salido. Está en su cuarto o en la sala de reuniones, la llave no está aquí.

—¿Puede comunicarme por teléfono con su habitación?

—Inmediatamente, míster Mcloy.

Pusieron uno de los teléfonos del mostrador a su alcance. Le marcaron un número y le pasaron el auricular. James escuchó la llamada que se repitió varias veces.

—No contesta nadie.

—Estará en el salón.

—No, no está. Una llave maestra, por favor.

—¿Una llave maestra? Bueno, las normas del hotel...

—Que me acompañe un empleado, no importa. Hay que abrir la puerta por si ha ocurrido algo.

—Sí, sí, yo mismo le acompañaré —dijo el jefe de conserjería. Abandonó el mostrador, dejando a otros empleados.

El conserje, portando el manojó de llaves correspondiente al piso al que se dirigían, subió en el ascensor junto a James Mcloy. Iba muy circunspecto. Al fin, cuando la cabina se detuvo, preguntó:

—¿Hay algún motivo para pensar que pueda haberle pasado algo?

—No lo sé, pero quiero averiguarlo.

Antes de colocar una de las llaves en la cerradura, el conserje llamó con los nudillos. No obtuvo respuesta alguna.

—Será mejor que introduzca la llave, ¿no?

—Sí, será lo mejor.

La habitación estaba en penumbra y no parecía haber ocurrido nada anormal allí.

—Todo está bien, ¿verdad? —interrogó el jefe de conserjería, temiendo lo peor.

En principio, Mcloy no respondió. Se introdujo en el cuarto de aseo y allí, sobre el espejo, escrito con un pincel de pintar los ojos, pudo leer:

«MCLOY, ESPERA A QUE TE LLAME»

—¿Ocurre algo?

—Mire, me han dejado un mensaje.

El jefe de conserjería leyó lo escrito en el cristal y admitió:

—Es cierto. ¿Cómo sabía miss Jennie que iba a venir usted?

—Puede marcharse; me quedará esperando la llamada.

El hombre vaciló un poco pero al fin optó por obedecer a Mcloy, retirándose.

Cuando se quedó a solas en la habitación, James registró el armario y descubrió varios vestidos de noche que Jennie no se había puesto, pero tampoco podía saber si faltaba alguno en el ropero.

Se estaba haciendo preguntas a sí mismo cuando sonó el teléfono. El timbrazo, pese a esperarlo, le sobresaltó un poco. Descolgó el auricular e inquirió:

—¿Quién llama?

—¿Mcloy?

—Ah, eres tú, el bastardo que ha escrito en el espejo que me espere.

El hombre de la voz gutural, forzada, se rió un poco al otro lado del hilo.

—La chica está bien, por ahora.

—¿Qué es lo que buscas?

—Jugar al escondite.

—Mira qué bien, hasta puede ser divertido. Si te encuentro, como premio, te meteré la cabeza en el retrete.

—No te las des de listo conmigo, Mcloy. ¿Cuánto pagas por la vida de la chica? —inquirió en tono sarcástico con su voz forzada para no ser reconocida.

—Ni un centavo.

—Está bien. Primero recibirás su oreja, luego volveré a preguntarte si quieres pagar por la vida de la chica o no. A la siguiente ocasión, te enviaré la otra oreja y luego los dedos, uno a uno. No tengo prisa, Mcloy. Ah, la oreja te la puedes comer cruda en un sándwich. Siendo de una mujer tan hermosa no tiene por qué producirte náuseas.

—Espera, espera...

—¿Qué sucede, Mcloy, ya no me llamas bastardo?

James S. Mcloy respiró muy hondo hasta llenar de oxígeno sus amplios pulmones. Sabía que cierta clase de asesinos no dudaba en absoluto en torturar a sus víctimas, complaciéndose en ello. Eran sádicos y disfrutaban mucho más si el ser al que martirizaban y destruían era una mujer hermosa como Jennie.

—¿Cuál es el precio?

—Cien de los grandes.

—Demasiado, Jennie no es una Munnighan.

—El viejo y carcomido Munnighan pagará ese dinero por su secretaria personal y favorita, ya lo creo que sí. Volveré a llamar dentro de unas horas, nada de policía. Si no hay acuerdo, enviaré una oreja para que te la comas, por supuesto. —Y colgó.

James miró el auricular que lanzaba un continuado pitido y rugió:

—Bastardo...

Se dejó caer en una butaca. Sacó un cigarrillo y lo encendió parsimoniosamente. Así estuvo hasta que lo consumió, como si la prisa no fuera con él. En realidad, lo que había estado haciendo Mcloy era meditar.

Se levantó. Abandonó el cuarto y regresó al salón, allí había mucha animación.

Todo funcionaba perfectamente. Se dirigió a su puesto en la mesa y se acomodó. Terminaban ya de cenar, estaban en los postres. Un camarero se le acercó, solícito.

—¿Le sirvo, señor?

—Ah, sí, un par de huevo fritos con bacon y patatas, por favor.

Howard Munnighan, en medio de una salva de aplausos, inició su discurso con ímpetu, con entrega. Debía sentirse como en uno de los campos verdes de rugby en sus días de triunfo como jugador.

Mientras, James S. Mcloy, al margen del discurso, importándole un bledo lo que Munnighan pudiera decir, comía su cena pensativo. Hubo brindis con champaña; alguien le puso una cofa en la mano y James la levantó, pero no se puso en pie.

—¿Ha encontrado a Jennie? —preguntó Percival H. Herbertson, acercándosele.

—No, no la he encontrado y tengo que hablar con míster Munnighan urgentemente.

- ¿Ocurre algo malo?
- Sí, pero no hay que asustar al viejo.
- ¿Se trata de Jennie?
- Sí.
- ¿Qué le ha pasado?
- Luego, luego...

No quiso estropear el éxito de Howard Munnighan en aquella asamblea de accionistas y financieros en general. De aquella reunión brotarían muchos negocios, no cabía duda.

Howard Munnighan había dado la cara, hecho que no ocurría desde hacía casi una década y Percival Herbertson le había escrito un buen discurso, entremezclando oportunamente algunas ironías chistosas para provocar la carcajada general y quitarle aridez.

Howard Munnighan salió del salón como entrara, apoyado en sus muletas, dando cierta apariencia de fortaleza dentro de su enfermedad. Nada más traspasar los cortinajes, se dejó caer en su costosísima silla de ruedas. De allí, pasó a una salita con sus empleados más allegados.

Mcloy también entró y pidió:

—Silencio, por favor.

Todos le miraron, incluido Munnighan.

—Quiero hablar a solas con míster Munnighan. Les ruego que abandonen la salita; dentro de unos minutos pueden regresar.

El propio míster Munnighan se lo quedó mirando con asombro; los demás, también, más al comprobar que el multimillonario no le llevaba la contraria, optaron por obedecer.

—Usted, abogado, puede quedarse.

Cuando se hubo cerrado la puerta, Munnighan inquirió:

—¿No cree que se ha arrogado demasiadas atribuciones, acaso estoy en peligro inminente?

—No lo sé, pudiera ser que sí.

—Si no lo sabe, ¿por qué ha echado a la gente?

—Hay un asunto que tratar que corre prisa.

—¿Qué clase de asunto?

—La vida de Jennie.

—¿Jennie, mi secretaria?

—Sí, ha sido secuestrada esta noche.

—Vaya, sí que es una contrariedad. ¿Ha llamado a la policía?

—No, no lo he hecho. Para avisar a la policía, debía contar con su consentimiento, míster Munnighan.

Herbertson se apresuró a opinar:

—Ha hecho muy bien.

—Perfecto. ¿Y piensa rescatar a Jennie?

—Naturalmente.

—¿Cómo?

—El despreciable raptor pide cien mil dólares.

—¿Y quién va a pagar esa cifra?

—Usted.

—Yo, ¿por qué?

—El raptor así lo exige.

—Jennie es una empleada mía, muy cualificada, pero una empleada. ¿Por qué no le piden el rescate a sus familiares?

—No lo sé. El raptor se lo pide a usted y no creo que al multimillonario Munnighan le venga de cien mil dólares —gruñó Mcloy.

—Pues sí, me viene de un centavo. Si no fuera así, no sería multimillonario.

—Míster Munnighan, si a la chica le ocurre algo, se va a enterar toda la Unión y usted no va a quedar muy bien parado.

—¿Trata de coaccionarme para que pague esos cien mil dólares?

—Yo no soy quien coacciona y extorsiona, sino el raptor.

—Su obligación es descubrirlo, Mcloy. Es más, debió impedir el rapto.

—Ya he impedido que le volaran la cabeza. Hay mucha gente aquí, y con franqueza, no había llegado a suponer que raptarían a su secretaria.

—Pues debía haberlo supuesto —replicó intransigente míster Munnighan, haciendo girar su silla de ruedas.

—Usted me contrató para que evitara que le matasen en su gira, nada más.

—Awise entonces a la policía. El rapto es un delito que muy caro.

El abogado Herbertson carraspeó como preámbulo para intervenir.

—Si este asunto se puede arreglar sin que intervenga la policía, mucho mejor. La gira debe ser suave, como si nada malo ocurriera. Los periodistas sensacionalistas están esperando al acecho para lanzar grandes titulares que, sin duda alguna, van a perjudicarle, míster Munnighan. Ya sabe que algunos no simpatizan con usted.

—¿Acaso no les pago?

—Todos no se dejan sobornar.

—Entérese, míster Munnighan. Si a Jennie le ocurre algo desagradable, será por su culpa. Disponga ese dinero.

—¡Habla de mi dinero como si fuera suyo! —bramó, colérico.

—Está bien, es su dinero —admitió Mcloy—. Yo lo recuperaré al tiempo que salvo a Jennie de las manos de un sádico que pretende trocearla.

Munnighan, desafiante, inquirió:

—¿Y si no lo recupera?

—El abogado Herbertson es testigo de que si no recupero el dinero,

no le cobraré ni un centavo por mi trabajo.

—De todos modos, salgo perdiendo —replicó el viejo ahora más irónico, como divertido en cierto modo—. No va a trabajar para mí en cien días si no muchos menos.

—Ya lo sé, pero si se ha de quedar con todo lo que yo tengo que cobrar, me interesará no perder ese dinero.

—Eso es cierto. Sería divertido que al final no cobrara nada.

—Me da la impresión, míster Munnighan, de que usted va a soltar los cien mil dólares con tal de que yo corra el riesgo de perderlo todo.

—Puede ser, puede ser... ¿No tiene usted sentido del humor, Mcloy? —Y se echó a reír sonoramente mientras movía la silla en círculo.

James S. Mcloy sintió pena por aquel multimillonario decrépito y carcomido por las enfermedades que aun sabiendo que no se llevaría a la tumba más dólares que los que costase ésta, no quería arriesgar una mínima cantidad para salvar a su secretaria, la mujer que le admiraba casi como a un benefactor de la humanidad.

Y si había aceptado aportar el dinero necesario para salvar a Jennie, era con la condición de que James Mcloy corriera con todos los riesgos, ni más ni menos, porque así se le presentaba la ocasión de poder fastidiarle.

Para Howard Munnighan y otros como él, era más divertido pagar por hacer daño al prójimo que por salvarlo.

CAPITULO VIII

Se despertó con un terrible dolor de cabeza. Tuvo sensación de náuseas, pero no podía vomitar aunque lo deseara. Una esponja estaba dentro de su boca y un doble esparadrapo cerraba sus labios, impidiendo que escapase la esponja.

No sabía exactamente lo que le ocurría y tenía la impresión de que se hallaba inmersa en una dolorosa pesadilla de la que no podía despertar. Había abierto los ojos y no lograba ver nada.

Su nariz se llenó de olor a goma, plásticos recalentados y el piso se movía, era como si estuviera dentro de una máquina infernal. Las rodillas le punzaban terriblemente.

Quiso estirar las piernas y no pudo. Sus pies topaban contra algo duro, lo mismo su cabeza y su espalda. De pronto, un largo claxonazo despejó más su mente, aunque seguía con un dolor intenso.

«Un coche», se dijo.

Viajaba por alguna parte. La vibración que notaba era propia de un automóvil.

«Dios mío... ¿Qué me sucede?»

No hallaba respuesta a su angustiada pregunta; mas, de pronto, como una película a todo color, en su mente apareció el rostro oculto bajo una capucha roja.

Un sádico le había raptado. Había oído y leído muchas cosas sobre los sádicos que raptaban mujeres y la aterrizzaba lo que ahora pudiera ser de ella, a merced de un loco.

Creía que aquel largo viaje no podría soportarlo. Intentó moverse y lo hizo con gran dificultad, el espacio era reducidísimo.

Por alguna parte entraba el aire que evitaba que se asfixiara, pero no veía luz alguna. Golpeó con la cabeza contra la plancha cuando el vehículo se vio obligado a detenerse por alguna circunstancia.

El coche aceleró de nuevo, Jennie ignoraba en qué dirección. No sabía qué día ni qué hora vivía.

Sus manos estaban dolorosamente sujetas a la espalda y había llegado a perder la sensibilidad de los dedos.

El automóvil hizo varios giros y subió a una pendiente, así lo notó Jennie. Luego, se detuvo. Pudo oír los ladridos algo lejanos de un perro y la voz de un hombre hablándole al animal.

El hombre que Jennie no podía ver regresó al coche. Cerró de un portazo y el vehículo se desplazó con marcha atrás. Jennie comprendió por el ruido que se había introducido en alguna parte. Ahora, los ladridos se oían más fuertes. Nuevos portazos y una llave giró en el maletero del automóvil.

La tapa de la cajuela se levantó y aunque la luz era escasa hizo

parpadear a Jennie. Vio al encapuchado y junto a él, a un perro bóxer macho, extraordinariamente grande para su raza.

La joven tuvo la impresión de que el animal la miraba con malignidad y se confirmó en su idea de recibir dos ladridos que fueron como sendos bocinazos broncos que la obligaron a encogerse hacia atrás.

El raptor de la capucha roja se rió tras ella. Con voz forzadamente cavernosa, hablando muy despacio, le dijo:

—«Toby» te despedazará si le das ocasión, odia a las mujeres, nunca he sabido por qué. Una vez mató a una y tuve que enterrarla para que no se descubriera lo sanguinario que es.

Jennie, atemorizada, no podía gritar y la postura en que se hallaba le hacía sufrir intensos dolores.

—Tengo que hacer algunas cosas, hermosa Jennie. He de decirle al orgulloso bocazas de Mcloy que venga a rescatarte y tú no te moverás de aquí, no lo harás, porque si tratas de salir del maletero, «Toby» te despedazará y nadie podrá impedirlo, ni yo mismo, porque como estás amordazada no oiré tus gritos de dolor. —El encapuchado hablaba muy lentamente, para que la mujer adquiriera conciencia de la situación en que se hallaba—. Puede que salte sobre tu cuello y te arranque media garganta o parta uno de tus brazos o tus pies. Te aseguro que posee unas mandíbulas capaces de triturar los huesos más duros. Uno de esos hermosos tobillos que tienes no duraría más que unos segundos. Te conviene estarte quieta hasta que venga a salvarte Mcloy, el estúpido de Mcloy.

El raptor, dejando abierta la tapa del maletero para que la muchacha respirara bien, se alejó, no sin dar antes unas órdenes al animal, señalándola a ella. A Jennie le pareció que el idioma empleado era el alemán.

Jennie miró al perro que se había sentado en el suelo frente al maletero. Permaneció quieta unos minutos, temiendo ser atacada, pero después se movió buscando una postura mejor. Quería estirar las piernas, el dolor de las rodillas era insoportable, lo mismo que los tobillos y las muñecas.

El perro gruñó amenazador.

Jennie movió sus piernas despacio y pudo ver que era cinta adhesiva lo que las sujetaba, por lo que dedujo que sus manos también estaban atadas de la misma forma.

Al tratar de colocarse mejor para evitar dolores, el perro lanzó un ladrido, casi en su mismo rostro.

Notó el aliento de aquella bestia entrenada para matar en sus propias narices, y se echó hacia atrás. De pronto sus manos tocaron con algo duro. Había recobrado en parte la sensibilidad, ya que había notado un hormigueo al dejar de aplastar con su propio cuerpo las

muñecas.

«Una linterna», se dijo.

Era difícil pensar para qué podía servir una linterna en aquella situación, pero no tardó en averiguarlo. La sujetó y con precaución, despacio, sin perder tiempo, comenzó a quitarle el sujetador roscado del cristal hasta que la circunferencia del vidrio quedó libre.

La tomó entre sus dedos con tiento y con los cantos afilados comenzó a cortar la cinta adhesiva que sujetaba sus muñecas. Notó que se hería la piel y algo húmedo que no le cupo duda era su propia sangre, pero siguió adelante. Mucho peor sería que aquella bestia le despedazase a dentelladas sin que nadie pudiera ayudarle. Por otra parte, sentía un terror infinito hacia el encapuchado que la había raptado, ignoraba por qué motivos.

Una gran sensación de alivio la invadió al quedar libres sus manos. Notó entonces el dolor en sus codos. Debía haber pasado muchas horas en aquella difícil posición.

El perro continuaba con sus malignos ojos clavados en ella y Jennie se preguntaba si el animal reaccionaría en su contra al verle las manos libres, mas no lo hizo; el perro se limitaba a cumplir la orden de evitar que ella escapase de allí.

Despacio para no provocar ninguna reacción violenta en el can, se quitó el esparadrapo que cerraba su boca. Escupió la esponja y sintió de nuevo náuseas y sed.

Con el cristal del foco de la linterna, se liberó de las ataduras de sus pies, aunque no sabía si podría sostenerse si saltaba del maletero del coche.

Para el perro guardián todo seguía normal: La chica permanecía dentro del maletero; sin embargo, ahora ella estaba libre de sus ataduras y de la mordaza.

«Tengo que librarme de ti, perro del demonio, o no saldré viva de aquí, lo sé, no saldré viva.»

Buscó dentro del maletero algo que pudiera servirle para atacar al perro.

Encontró un frasco de spray cuya etiqueta leyó. Era un lubricante conductor de electricidad. No sabía si serviría de algo, pero lo destapó con cuidado. Acercó el orificio a la cara del perro y pulsó hasta el fondo.

Brotó el spray contra el hocico, la boca y los ojos del bóxer que, sorprendido, comenzó a ladrar furioso, dando vueltas sobre sí mismo. Estaba cegado y aturdido, los ojos debían escocerle terriblemente.

Jennie tornó la llave para aflojar los tornillos de las ruedas y saltó del maletero, acercándose al aturdido animal.

Descargó un contundente golpe contra el cráneo del maligno perro. Escuchó un ruido significativo y el can se derrumbó a sus pies.

James S. Mcloy se tumbó en la cama sin quitarse los pantalones, esperaba el timbrado del teléfono. Al fin, sonó y después de descolgar, preguntó:

—¿Eres tú, el bastardo?

La voz forzosamente cavernosa del hombre que llamaba dijo:

—Estoy seguro de que no has llamado a la policía, Mcloy. Tratar de localizar la llamada ahora sería una estupidez, hablo desde un teléfono público' y muy lejos de ahí.

—Adelante, ya está bien de hacerte el listo.

—¿Tienes los cien mil?

—Esta noche, imposible.

—No quiero jugarretas, Mcloy, te conozco.

—Mister Munnighan ha dado orden de que por la mañana, cuando abran los bancos, preparen los cien mil y supongo que los quieres en papel moneda pequeño y ya usado.

—Naturalmente, Mcloy, me ahorras palabras. En la habitación de la chica encontrarás un portafolios grande, está en el armario. Quiero el dinero dentro de él y cuando esté, con una tiza, le pintas una «jota» grande, que se vea bien a distancia.

—¿Y para qué?

—Yo doy las órdenes y no quiero preguntas.

—Está bien, pintaremos la «jota» en el portafolios. ¿Qué más?

—Irás con el maletín a la estación central de autobuses. Te acercará al mostrador de información y esperarás entre las diez y las once. Si no estás, te enviaré la oreja de Jennie, te lo advertí y va a ser una lástima cumplirlo, porque las orejitas de la chica son muy monas...

Sonó el pitido del final de comunicación, lo que hizo que James mirase el auricular con expresión interrogante.

CAPITULO IX

Jennie se encontró con la puerta del garaje que estaba cerrada con llave. Buscó un martillo y un cincel al tiempo que evitaba hacer ruido.

De pronto, escuchó un gruñido, el chirriar de una puerta. Cuando se volvió, por una puerta estrecha vio aparecer el encapuchado que quedó sorprendió al verla. Después, miró hacia el auto y detrás de él descubrió al perro caído, sin movimiento alguno. Un charquito de sangre le rodeaba la boca.

—¡Perra, furcia repugnante! —rugió.

—Si se acerca, lo mato como al perro —silabeó Jennie, levantando el martillo amenazadoramente.

—¡Estúpida!

El encapuchado fue recto hacia ella, sin correr, pero sin vacilaciones. Cuando la tuvo a su alcance, Jennie le lanzó el martillo, pero el encapuchado no era el perro y lo esquivó hábilmente al tiempo que proyectaba un puñetazo al abdomen de la mujer, lanzándola dolorosamente de espaldas contra la puerta.

El encapuchado estaba muy furioso y Jennie, sin poder replicar, recibió una lluvia de golpes como jamás pudo llegar a imaginar, hasta que cayó al suelo inconsciente, incapaz de resistir más.

El encapuchado la contempló, tendida en el suelo.

—Has estado a punto de escapar, eres demasiado lista. Deberé tener más cuidado contigo.

* * *

Llamó por teléfono y no tardó en oír una voz conocida.

—¡Abogado!

—¿Qué sucede Mcloy, ya sabe algo de Jennie?

—Sí, el raptor ha llamado, concretando más.

—No avise a la policía; si interviene, se va a estropear esta gira de míster Munnighan y hay muchos millones de por medio.

—Sí, ya lo sé, muchos millones y que Jennie se pudra.

—No se ha de pudrir, el dinero estará dispuesto.

—Dígale a míster Munnighan que saque a los del banco de la cama y que empiecen a contar billetes, no quiero perder tiempo.

—¿Para cuándo ha de estar ese dinero?

—A las nueve de la mañana.

—¿Le ha dicho dónde?

—En la estación central de autobuses.

—¿Cree qué se le podrá atrapar?

—No lo sé, estas situaciones son difíciles. Lo que importa es que Jennie esté viva.

- ¿Por qué habría de matarla?
- Sucede demasiado a menudo que la víctima muere a manos de su raptor, es una forma de que la víctima no identifique al culpable.
- Pobre Jennie.
- Si hay sangre, no quedará más remedio que avisar a la policía.
- Sí, sí, lo comprendo —admitió Herbertson—. En realidad, ya tendríamos que avisarle ahora.
- Quien quiera que sea el raptor, está muy seguro de que no avisaremos a la policía.
- ¿Cree que tendrá algo que ver con la organización de criminales Flowers for your friend?
- Cualquiera puede saberlo leyendo los periódicos. Saben que míster Munnighan no le gusta la publicidad ni conceder entrevistas.
- El rapto de su secretaria, de ser divulgado, haría correr ríos de tinta, máxime cuando es a él a quien se le exige el pago del rescate.
- Y con lo que le revienta pagarlo...
- De todos modos expone su dinero, Mcloy. Usted podría irse mañana y apenas contribuiría con unos pocos miles de dólares.
- Es usted el perfecto picapleitos para míster Munnighan.
- Es mi deber serlo, me paga bien. Ahora voy a decirle otra cosa, Mcloy.
- Adelante, escucho.
- Si se aparta demasiado de míster Munnighan y le sucede algo, usted será el responsable.
- Y si le matan, ¿qué me pasará, me llevarán a Sing-Sing? Vamos, abogado, no se puede hacer responsable de nada. Al parecer, míster Munnighan está sentenciado a muerte, él sabe por qué y no quiere revelarlo. Si lo dijera, facilitaría mucho las cosas. De todos modos, parece ser que está sentenciado a muerte. Los médicos también lo han desahuciado, o se muere violentamente o en la cama.
- La enfermedad puede ser larga y el encargo que ha recibido usted es que regrese sano y salvo de la gira. Cuando se halle de nuevo en su rascacielos, rodeado de sus vigilantes, ya va a ser muy difícil que le suceda un hecho violento.
- Porque se ha forrado de medidas de seguridad.
- Efectivamente.
- Con franqueza no me gusta su forma de vivir.
- Nadie ha pedido su opinión, Mcloy.
- Abogado, terminará usted hablando igual que el viejo multimillonario. —Y colgó.
- James se desvistió, ya no estaba pendiente del teléfono. Se metió en la ducha, se despejó y abandonó la habitación tras vestirse de nuevo.
- Descendió al piso segundo del hotel y llamó a una de las puertas del corredor en el que se abrían varias habitaciones. Esta, como si hubiera

captado la clave llamada, se abrió de inmediato. La sombra de un hombre quedó a contraluz.

—¿Cómo estás, Harry?

—Ah, bien, bien, esperando —respondió el hombre que era de una estatura idéntica a la de James Mcloy. También su anchura de hombros y en general su complexión física eran muy similares.

—¿Has bebido?

—No, no, claro que no.

—Huelo a whisky.

—Bah, sólo un poco.

—Bien, no bebas más. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, pero necesito un poco de dinero.

James sacó unos billetes del bolsillo y se los entregó. La mano del llamado Harry los cogió rápidamente, casi succionó el dinero.

—Vamos a poner en marcha el plan del que te hablé.

—Bien, estoy dispuesto.

—Entonces, no pierdas tiempo, te llamaré a las ocho.

—De acuerdo, estaré listo.

James Mcloy se alejó del hombre al que acababa de llamar Harry. Retornó al ascensor y en vez de dirigirse a su habitación, prefirió pasar al discosalón del hotel.

Había que cruzar varias puertas que hacían de acolchonamiento para que la música no llegara a las habitaciones superiores, molestando a los huéspedes del hotel.

El discosalón se hallaba a mitad de su capacidad, no podía decirse que estuviera vacío, pero tampoco lleno de clientes.

Le agradaba aquel lugar porque no le incordiaba ningún maitre estirado dando una sensación de forzada etiqueta y seriedad al ambiente.

No buscó una mesa sino que fue directamente a la barra mientras por los altavoces escapaba una suave música, escogida por el pinchadiscos. En la pequeña pista, unas parejas danzaban. No era gente joven y en varias de las parejas se apreciaba un acusado desnivel de edad. Mujeres muy jóvenes con hombres camino de la senilidad. También algunos muchachos bailando con mujeres que a base de cosméticos se negaban a entrar en la ancianidad.

—¿Estás ocupado, Mcloy?

La voz que le interpelaba era femenina, provocativa y con tonillos sensuales. Debía pertenecer a una mujer acostumbrada a dirigirse a los hombres.

Se volvió sobre el alto taburete giratorio y se encontró frente a una mujer alta y que no estaba precisamente delgada. Sus carnes se abultaban más en las redondeces que solían atraer en los hombres, pechos grandes, caderas amplias, cara redonda, labios carnosos y

cabello largo, espeso y moreno.

Muchos se hubieran acostado satisfactoriamente con aquel ejemplar de hembra capaz de dar satisfacción al amante mientras no dejaba de amamantar a un niño, era como si tuviera capacidad para ambas cosas.

—¿Sabes mi nombre?

—¿Me he equivocado de hombre? —Sonrió muy provocativa, ondulando su cuerpo frente a él—. Porque tú que eres un hombre y no esos mariquitas que tanto abundan hoy con el cuento del bisexualismo. Sólo tratan de ocultar que les gusta recibir más que dar.

—¿Quieres tomar algo?

—En mi habitación.

—Gracias, pero ahora no estoy de humor.

—¿No soy tu estilo?

—Estoy preocupado.

—¿Y cuando estás preocupado te aligeras tú solo?

—Mira, encanto, no sigas provocando; tampoco soy de piedra.

—Anda, vente a mi cuarto; allí tengo a alguien que quiere verte.

—¿Alguien?

—¿No te hace el *ménage á trois*?

—¿A tres, tienes una compañera?

Ella se rió.

—Sinvergonzón...

—Palabra que no lo he probado nunca.

—Yen conmigo y no te pesará.

Pensando que la noche se le iba a hacer muy larga, pues no tenía sueño alguno y no deseaba tomarse nada para dormirse, se dejó coger por aquella desconocida que se lo llevó del discosalón.

CAPITULO X

No salieron del hotel Galaxy.

El ascensor les llevó al penúltimo piso. Allí, las suites eran caras y a James Mcloy le extrañó que una mujer como la que le guiaba se hospedara en aquellas costosas habitaciones a menos que fuera rica, y no parecía una cuarentona con incipientes brotes de ninfomanía, a lo sumo tendría treinta años.

Ella no sacó una llave sino que llamó a la puerta. La hoja de madera se abrió y la mujer pasó al interior de la estancia sumida en penumbra. James Mcloy la siguió y la puerta se cerró tras él.

—Hola, Mcloy, volvemos a vernos.

—Boccaccio.

En una butaca de la salita de la suite estaba acomodado el gángster propietario del Demoness Club.

—¿Ves? Ya te he dicho que no te pesaría —dijo ella, sonriente.

James la miró e irónico, sin temor alguno, le preguntó;

—¿Se trata de una trampa?

—No, Boccaccio me ha utilizado como cebo para pescarte.

—Puedes largarte, Cindy, has hecho bien tu trabajo.

Ella se acercó al investigador y le dio un beso en los labios que él aguantó sin participar. Después inquirió:

—¿Es el beso de Judas en versión mujer?

—No, Boccaccio no es Herodes —contestó ella—. Cuando termines con él, si quieres buscarme en el discosalón, para ti estaré libre toda la noche. No habrá, más límites, que tu propio cansancio amor.

Y se alejó sonriendo.

Cuando se hubo cerrado la puerta Boccaccio explicó:

—No se trata de ninguna trampa, sólo quería hablar contigo Mcloy.

—¿Y tus matones?

—Están cerca de mí, por supuesto, no me gusta ir desprotegido, como míster Munnighan.

—Entre míster Munnighan y tú hay diferencias.

—Sí, en millones. Por lo demás, no creo que él tenga las manos más limpias que yo, aunque la sociedad prefiera pensar lo contrario. Acercarse a míster Munnighan y acceder a sus dictados significa obtener prevendas, a un alto nivel de vida, pero acercándose a mí se consiguen los placeres que se pagan con el dinero de míster Munnighan.

—Sí, el dinero da muchas vueltas, lástima que se genera en el sudor de los trabajadores explotados que son los que menos lo disfrutan. Pero dejémonos de filosofar acerca de quién está más podrido, que de eso creo que pocos se salvan, y dime para qué me has hecho venir,

—Siéntate, tengo cigarros de Fidel.

—Te gusta lo bueno, ¿eh?

—Como a todos. Los patrioterismos sólo sirven para volver histérica a la masa o a los estúpidos. No conozco a ningún millonario de ninguna parte del mundo que se limite a consumir sólo los productos de su país. ¿Whisky?

—Estás muy amable, Boccaccio.

—Como dicen algunos, pelillos a la mar.

—¿Ya no quieres vengarte de mí?

—¿Por qué?

—Me visita a tu club.

—Bah, un tropiezo sin importancia. Después de todo, aquella chica era medio idiota. Ah, lo del gas lacrimógeno sí que me molestó.

—Bueno, ya te habrás repuesto.

—No creas, los negocios no marchan muy bien últimamente.

—¿Y qué quieres? —le preguntó sarcástico—. ¿Que invierta en acciones de tu burdel?

—¿Quieres ganar un millón de dólares?

James S. Mcloy, con el vaso en la mano, lo miró fijamente. Boccaccio se había puesto en pie y acercaba la llama de su mechero de oro y brillantes al cigarro que Mcloy acababa de colocarse entre los labios.

—¿He oído bien?

—Sí, has oído bien, un millón de dólares.

—¿De veras tienes capacidad económica para pagarle a alguien como yo un millón de dólares?

Boccaccio, el gángster de cara de batracio, bajo de estatura, ojos redondos y cuerpo de pera, del que convenía apartarse como de un ponzoñoso escorpión, respondió:

—No dispongo en este momento de él, qué más quisiera —dijo con un ademán de sinceridad—. Las cosas no van muy bien, ya te lo he dicho, pero pueden arreglarse.

—¿Cómo?

—Aceptando tú un millón de dólares.

—¿Así de simple? —preguntó James sentándose en otra de las butacas con actitud expectante y escéptica a la vez. Un negocio tan jugoso, salido de la boca de un gángster, no resulta muy creíble.

—Sí, te pagaré cuando el negocio esté listo y cobrado, claro.

—¿Y qué tendría que hacer yo?

—Poca cosa.

—Siempre será algo, digo yo. Tú no eres de los que van recalando un millón de dólares por ahí, me imagino que les quitarás a tus prostitutas el sesenta por ciento de las ganancias que ellas sacan vendiendo sus cuerpos a clientes solitarios o frustrados.

—Pasaré por alto tus sarcasmos.

Bebió, hizo una pausa larga y chupó su cigarro. Expulsó el humo y miró a Mcloy con sus ojos redondos.

—¿Cuánto te paga míster Munnighan por protegerle?

—Ah, conque era eso, la protección de míster Munnighan.

—Por ahí van los tiros.

—Me paga una cantidad adecuada al riesgo que he de correr, tampoco es tanto porque la vida siempre vale muchísimo más.

—Te has explicado tan claro como un político. Los mañosos como yo somos más directos al hablar.

—Pues ahora no lo has demostrado, Boccaccio.

—Se trata de que colabores.

—¿A qué?

—Digamos a que míster Munnighan tenga que pasar por un lugar determinado.

Sarcástico, Mcloy inquirió:

—¿Y le caiga un tiesto en la cabeza para pasar del valle de los vivos al valle de los muertos?

—Eso es, te has explicado muy bien.

—¿Y por colocar a míster Munnighan en el sitio adecuado me pagarías un millón de dólares?

—Exactamente. De lo que ocurriera luego tú no tendrías culpa ni te verías involucrado en ningún pleito. Digamos que el que dejara caer el tiesto o cortara los cables del ascensor no te conocería a ti ni tú a él; no os habríais visto jamás, de modo que ningún tribunal os relacionaría.

—Un millón de dólares —repitió Mcloy pensativo, como si quedara convencido—. Nunca me han ofrecido tanto por un trabajo tan sencillo.

—Así son los negocios.

—Sí, sí, lo que importa es la oportunidad de meter el pie en ellos.

—Eso es. Se hace rico el que está en el lugar adecuado y en el momento justo, no importa que sea mejor o peor que sus competidores, por eso pululan por ahí tantos frustrados que se consideran genios y no salen nunca de la miseria. Lo que pasa es que no saben estar en el lugar oportuno y en el momento preciso.

—Por cierto, si me pagas un millón a mí, ¿cuánto vas a ganar tú?

—No quieras ser demasiado codicioso, Mcloy. Cuando míster Munnighan contrata a alguien y le paga bien, no dice qué parte se va a quedar él, así es el mundo capitalista. Si te pagan mucho es que el que paga va a sacar muchísimo más.

—De modo que vas a ganar millones de dólares si míster Munnighan muere...

—Quizá.

—¿Y quién es el pagano?

—No, Mcloy, no hagas preguntas. Tú haces tu parte y cobras, ése es todo tu trabajo.

—¿Ser cómplice y participe en el asesinato del multimillonario Howard Munnighan?

—Sí, si quieres hablar claro, así es.

—De todos modos, quiero saber quién paga.

—En realidad, yo mismo no lo sé.

—Te diré una cosa, Boccaccio. Hay una o más personas u organizaciones que desean eliminar a míster Munnighan cuanto antes, pese a que se está muriendo.

—Yo no creo en las muertes rápidas por enfermedad. Hay que esperar mucho a veces, el que espera se muere antes.

—Alguien pagó a una organización de asesinos llamada Flowers for your friend.

—He oído hablar de ella.

—Un nombre, por favor.

—¿De quién?

—De los dirigentes de esa organización.

—¿Para qué?

—Digamos que tengo un interés particular en ello.

—Podría costarme un balazo en la nuca; además, no te serviría de nada. Sé que se trata de una floristería de un barrio lujoso de San Francisco, la policía no puede probar nada. Lo tiene muy bien montado.

—Todo son puertas que se cierran y yo quiero abrir alguna.

—¿Para qué?

—Para ver qué hay detrás.

—Los que no miran qué hay detrás de la puerta son los que ganan dinero y no tienen problemas posteriores, ni siquiera ensucian su conciencia.

—El que no quiere mirar lo que hay detrás de la puerta por si su dinero está sucio, ya está manchando su conciencia y además lo sabe.

—No te enrolles, Mcloy. ¿Aceptas el millón de dólares?

—¿Y si no acepto? Ahora ya sé que quieres eliminar a míster Munnighan.

—Bah, ¿qué podrías probar contra mí? Nada, no lia habido asesinato aún. La ley nada puede hacer, yo ni siquiera he amenazado a míster Munnighan.

—Enviaste a dos hombres que me siguieran para conocer los movimientos de míster Munnighan.

—Es cierto que mandé a dos hombres tras de ti, nada más, de modo que si no aceptas, peor para ti.

—Podría decir que pagaste a la organización Flowers for your

friend. Ellos enviaron a un sicario con su rifle de alta élite.

Boccaccio soltó una carcajada.

—¿Pagar yo un trabajo de esa clase?

Su risa quedó cortada a causa de un brutal puñetazo que alcanzó de lleno su boca ancha y alargada, las comisuras parecían terminar en las propias orejas.

Al caer hacia atrás, James S. Mcloy se abalanzó sobre él y le quitó una pequeña pero contundente «Browning» que llevaba encima y un microemisor del tamaño de un encendedor. Bastaba oprimirlo con la mano para enviar una señal a otra habitación contigua donde debían estar esperando sus guardaespaldas.

—Me guardaré este artilugio para que no llames a tus matones.

El gángster se pasó el dorso de la mano por los labios y se manchó de sangre.

—¡Hijo de perra! —rugió.

—Desahógate, Boccaccio, luego charlaremos. Te advierto que si gritas, te voy a dar un puntapié entre las piernas que si quieres volver a tener un orgasmo tendrás que convertirte en marica.

Boccaccio respiró hondo, su actitud era ahora de derrota. Sabía que Mcloy era muy capaz de cumplir su amenaza.

CAPITULO XI

Cuando llegó a la sucursal bancaria, un empleado con sonrisa amable pero aspecto somnoliento detrás de la puerta de cristales antibalas.

James S. Mcloy, que portaba en su mano un maletín negro, sacó sus credenciales y las pegó al cristal sin decir nada. El hombre del banco abrió la puerta y saludó amable pese al cansancio.

—Buenos días, míster Mcloy.

—¿Está el dinero?

—Sí.

—Bien, veámoslo.

El empleado atento a todas las normas, pulsó el botón y la puerta quedó cubierta por una cortina de bandas superpuestas.

—Venga a mi despacho, por favor.

—¿Es usted el director de la sucursal?

—Así es. Por suerte, teníamos la cantidad solicitada. No es un trabajo habitual.

—Tampoco es habitual servir a un cliente como míster Munnighan.

—Sí, por supuesto que no. Si mis informes no están equivocados, míster Munnighan es miembro del consejo general del banco.

Le llevó al despacho, confortable y con poca luz. Una lámpara focal de plato amplio iluminaba la mesa repleta de billetes de distintos valores.

—¿Están los cien mil?

—Sí, cuéntelos.

—No es necesario, me fío de su palabra.

—Es un favor que me hace al confiar en mí; no obstante, me creo en la obligación de pedirle que los cuente.

—Insisto en que usted ya lo ha hecho por mí —dijo Mcloy. Abrió el portafolios y comenzó a distribuir los billetes en su interior de forma que cupieran todos.

—Es mucho dinero en efectivo y al ser moneda pequeña ocupa mucho espacio. De todos modos, he anotado la numeración de todos los billetes por si la policía quiere identificarlos en otro momento. Se trata de algo grave, ¿verdad?

—Disculpe, pero no puedo decirle nada.

—Lo sé, usted es el jefe de seguridad. He tomado las medidas usuales en estos casos; si la policía desea identificar los billetes, podrá hacerlo.

—Perfecto, mejor así.

Cerró el portafolios, apretando con sus manos. Los billetes tampoco eran nuevos.

—¿Me firmará este recibo por quintuplicado?

—¿Quintuplicado? —se asombró Mcloy.

—Sí, es cosa de la burocracia interna. De esta forma, todo queda controlado.

—Sí, claro, como no.

Firmó y el director de la sucursal comprobó que la firma correspondía a las tarjetas de identidad de James Mcloy. Al fin, asintió.

—Conforme.

—Gracias por todo —le dijo James, y se dirigió hacia la puerta con el maletín,

—Suerte, ahora, el dinero está bajo su responsabilidad —le dijo el director bancario que al ver alejarse a James Mcloy bajando las escaleras que tenía enfrente, suspiró.

Sacó un pitillo y le prendió fuego. Automáticamente se encendieron la mitad de las luces del establecimiento. Era la hora de llegada de los empleados.

Unos automóviles arribaron silenciosos, buscando plazas de estacionamiento.

El deportivo de fabricación alemana se dirigió a la estación central de autobuses.

Buscó parking para su coche y luego, él se adentró en la enorme estación.

Se detuvo en la cafetería, aún era temprano para la cita. Pidió dos cafés y un bollo, se los tomó, pagó y con una tiza pintó la «jota» en el maletín. Se dirigió a «Información».

Varias personas hacían preguntas y el servicio de hombres y mujeres les atendían con bastante amabilidad. Debían ser los que habían entrado en el turno de día; de lo contrario, el cansancio les habría traicionado.

—¿Desea preguntar algo?

Había sido una bonita azafata de información la que se había dirigido a él.

—Oh, no, espero simplemente.

—¿Algún autobús?

—Con dos piernas.

Ella sonrió y lo dejó aparte. Casi en seguida, sonó uno de los muchos teléfonos que allí había y que sonaban casi continuamente.

La azafata tapó el auricular con la mano y mirando a Mcloy le preguntó:

—¿Es usted, míster Mcloy?

—Sí.

—Pues lo que esperaba está aquí.

—Gracias. —Tomó el auricular—. Hola, bastardo, ¿Dónde te

encuentras?

La voz cavernosa y profunda que le llegaba desde el otro lado del hilo le respondió son su tonillo sarcástico y preñado de suficiencia.

—Lejos, muy lejos, el servicio automático funciona bien. Por cierto, que no he sido tan idiota como para acudir a la estación central de autobuses y que se tienda una trampa.

—No hay policía.

—Prefiero ser desconfiado, así llegaré a viejo. ¿Llevas el dinero?

—Sí, pero no pienso soltarlo hasta estar seguro de que voy a rescatar a la chica viva.

—¿Son órdenes del viejo multimillonario?

—¿Cómo está Jennie?

—Bien, es un poco díscola pero resistirá si llegas a tiempo, claro. Yo no soy muy paciente con las niñas tontas.

—Si la has tocado, pienso partirte el cráneo en dos. ¿Me oyes, bastardo?

—Te oigo, bocazas. Rescatarás a la chica y no me llevaré el dinero, pero a mí no me encontrarás jamás. ¿Lo oyes? Jamás. Trata de ceñirte a mis indicaciones o será ella quien pague tus errores.

—Está bien, no perdamos el tiempo. ¿Dónde dejo la pasta?

—Dentro de treinta minutos sale un autobús para Dallas, toma un billete y súbete en él.

—¿Dallas? —repitió, sorprendidísimo.

—Sí, Dallas. Cuando llegues, haces lo mismo que aquí. Te acercas al mostrador de información y aguardas. Ya te he dicho que no me atraparás y para ello tomo mis precauciones.

Mcloy gruñó:

—Dallas City está muy lejos.

—Bah, ¿qué importancia tienen docenas de horas si salvas la vida de una hermosa joven llamada Jennie? —y colgó.

—¿Has terminado? —preguntó la azafata del mostrador de «Información».

—Sí.

Rápidamente, Mcloy miró hacia los teléfonos públicos. Casi todos estaban ocupados menos dos, hombres, mujeres, hasta un viejo con bastón.

Exhaló un largo suspiro, se le notaba molesto. Miró su reloj y se dirigió a ¡a ventanilla para comprar un billete.

—¿Adonde, míster?

—Dallas.

Pagó y volvió a mirar su reloj. Se dirigió a los aseos donde continuamente entraban y salían hombres.

Se acercó a un perchero. Colgó su chaqueta en cuyo bolsillo llevaba el billete de! autobús y dejó el maletín bajo la chaqueta, la cual había

quedado junto a otra chaqueta a cuadros más llamativos.

El hombre que había quedado frente a.l lavabo era alto y de un aspecto físico similar a Mcloy. Cuando su cara se reflejó en el espejo, cualquiera hubiera podido confundirles.

—¿Cómo va todo, Harry? —preguntó Mcloy disimuladamente.

—Bien. Creo que para ser un actor mediocre has conseguido una buena caracterización. Me parezco a ti, ¿verdad?

—Sin duda.

—¿Qué he de hacer?

—Tomar el autobús de Dallas.

—¿Hasta la mismísima Dallas?

—Sí.

—Vaya paliza de viaje.

—Cuando llegues allí, te sitúas junto a «Información» y esperas a que tallen. Tú serás Mcloy.

—¿Cuánto tiempo he de esperar?

—El que haga falta. No abras el maletín, lleva un petardo de seguridad.

—¿Petardo? Eso cambia las tarifas, es riesgo de integridad física.

—Está bien, quinientos más. Si no quieres, te largas ahora mismo.

—De acuerdo, quinientos más.

—Pues, andando. Coge el bus y no te preocupes de nada más.

—Harry tomó la chaqueta que acababa de dejar Mcloy y también el maletín y salió de los aseos. Por su parte, Mcloy tomó la chaqueta de cuadros, muy distinta a la suya, y se introdujo en uno de los retretes.

Allí se colocó la chaqueta y del bolsillo de ésta sacó una peluca rubia y un bigote rubio oscuro que se pegó sobre el labio. Un pequeño espejo le confirmó que no se había equivocado en la colocación del bigote.

Abandonó el retrete. Pasó a los lavabos y volvió a mirarse en los espejos. Se pasó una mano por los cabellos y, se dijo que no se parecía en absoluto a la imagen de siempre.

Salió de los servicios públicos y se dirigió a un quiosco de venta de periódicos y revistas. Compró el Playboy e hizo ver que lo leía. Se sentó en un banco a una distancia más que prudente del bus que iba a engullir a los viajeros con destino a Dallas y se dedicó a observar.

Vio a Harry subir al bus. Con él, otras personas y familiares de éstas, despidiéndolas. James hacía esfuerzos para reconocer a alguien entre todas aquellas personas, alguien que le llamara la atención por alguna causa; sin embargo, no lo conseguía.

Sonó Un silbato, luego un claxonazo. El autobús arrancó, dirigiéndose a la salida. Varios viajeros saludaban con la mano, eran las personas que no podían permitirse el lujo de pagar un boleto de avión o que se irían quedando en las ciudades intermedias por las que

cruzaba aquel bus interestatal.

El grupo de gente comenzó a disolverse.

Mcloy empezaba a experimentar una profunda sensación de fracaso, decepción y fatiga cuando, de pronto, vio a un viejo que abandonaba una de las butacas múltiples desde donde había estado observando la partida del bus. Aquel viejo se había incorporado con demasiada ligereza para los años que pretendía representar, con su cabello blanco y su bastón. ¿Dónde había visto antes a aquel viejo?

—¡Los teléfonos! —se dijo.

El anciano anduvo hacia la salida con paso firme y rápido. A distancia, con su revista en la mano Mcloy le siguió. Le vio abrir la portezuela de un automóvil.

El coche era grande. Miró la matrícula y se dijo que la había visto antes, tenía que hacer un nuevo esfuerzo de memoria. Mas, tampoco podía perder tiempo y se dirigió a un automóvil que se hallaba en el parking, era el vehículo que había utilizado su doble para llegar hasta allí.

Dejaba el deportivo alemán, era un coche demasiado reconocible.

—No escaparás, bastardo —barbotó.

CAPITULO XII

James S. Mcloy vio como su perseguido se introducía en el edificio del hotel Galaxy tal como había supuesto.

El auto descendió hacia el parking y Mcloy hizo lo propio, manteniéndose siempre a distancia.

Descendió otro sótano más, como dando a entender que no le seguía. Buscó una plaza y estacionó el automóvil. Luego, subió a pie por la rampa. Al llegar a lo alto, tuvo tiempo de ver como se cerraba la puerta del ascensor. Tendría que esperar y optó por acercarse al coche utilizado por el falso viejo.

Trató de forzar la portezuela pero estaba bien cerrada. En realidad, buscaba una identificación.

Sacó una navaja y pinchó las dos ruedas delanteras por si aquel sujeto trataba de huir en aquel coche. Iba a marcharse cuando oyó unos pequeños ruidos que le llamaron la atención. Regresó junto al auto y aplicó su oído a la plancha. Los ruidos, muy tenues, se repitieron, era como si algo se moviera dentro del maletero.

Forcejeó con él y optó por abrir el cortauñas y utilizarlo como ganzúa. Al fin, la tapa cedió y pudo ver lo que contenía el amplio portaequipajes.

—¡Jennie!

La muchacha estaba allí dentro, bien atada y amordaza. En sus brazos, en su rostro, en sus piernas, podían verse huellas de los golpes recibidos.

Sus ojos, que habían brillado de temor y aturdimiento, se agrandaron al reconocer a! hombre. No podía decir nada, apenas mover su cuerpo y los golpes debía haberlos dado con la cabeza.

* * *

—¿Publican los periódicos algo sobre mí?

El abogado Herbertson se acercó llevando los periódicos en la mano. Había marcado las noticias con un círculo rojo.

—Sí, le tratan de prohombre de las finanzas, de palanca que impulsa la economía y otras cosas más por el estilo.

—Son muy gentiles conmigo. ¿Cuánto han pagado a esos periodistas?

—Más o menos lo de costumbre.

—Pobres diablos, también tienen derecho a vivir. Esa clase de publicidad es la más barata y la 'más creíble, lástima que todos no se dejen sobornar.

—Si todos fueran sobornables, ninguno seria increíble. Es bueno que haya periodistas íntegros.

—Muy irónico, Percival. Lo importante es que todos los que asistieron a la asamblea y los que dependan de éstos, lean cosas excelentes sobre mí.

Esbozó un gesto de dolor y Percival Herbertson preguntó:

—¿Llamo a la enfermera para que le inyecte el calmante?

Munnighan tardó un tiempo en responder. Al fin, dijo:

—Y. pasó. Ese monstruo que llevo dentro me devora día a día. Me gustaría poder asesinarlo con mis manos, lo malo es que si lo mato, me suicido; es parte de mí, mi parte podrida.

El abogado no dijo nada; sabía perfectamente que el viejo multimillonario estaba desahuciado por los médicos más eminentes de todo el planeta.

—Dame un triple whisky.

—¿Y el calmante?

—Te he pedido whisky. El calmante me atonta, merma mis facultades mentales y quiero estar bien despierto para saborear mi triunfo.

Se rió de sus propios pensamientos mientras Percival llenaba un vaso de whisky.

—Tenga, míster Munnighan.

—Lo que puede mover el dinero, ¿eh, Percival?

—Siempre ha sido así, míster Munnighan. /

—Me estoy muriendo; sin embargo aún puedo hacer que todos bailen para mí y digan que soy el mejor. Cuando muera, me harán una costosa tumba que habré pagado yo, claro pero mi nombre sonará fuerte y tú te encargarás de ello, Percival.

—Sí, míster Munnighan.

—Tú me has sido fiel y puedes seguir disfrutando de mi dinero cuando yo muera, pero alguien te vigilará, tenlo por seguro, y si no haces bien tu trabajo, te echarán fuera.

—Será lo lógico, míster Munnighan.

—¿Por qué diablos no me llevas la contraria alguna vez?

—Porque usted siempre tiene razón, míster Munnighan.

—Sí, sí. —Se rió, ahora en tono bajo—. Estás en lo cierto, eres un buen picapleitos, por eso te escogí.

Sonó el teléfono. Percival fue a descolgarlo mientras el viejo bebía su licor.

—Quién diablos te llama?

—Me llaman de conserjería.

—Está bien.

—¿Le digo a la enfermera que venga con el calmante?

—No, ya tengo bastante con el whisky.

Percival se fue, dejando solo a míster Munnighan. Al poco, el vigilante de la suite que ocupaba el millonario, inaccesible para

cualquiera que no perteneciera al equipo, volvió a abrir la puerta.

—Buenos días, míster Munnighan.

—Ah, eres tú, Staker. ¿Qué haces aquí?

—Esta madrugada, Mcloy me comunicó que debería ausentarse y que viniera a reemplazarlo.

—A ese Mcloy tendré que quitarle una parte de lo que va a ganar. ¿Sabes lo que está haciendo, Staker?

—No, míster Munnighan.

Tratando de rescatar a Jennie.

—¿Rescatar a Jennie? —el asombro se reflejó en su rostro de facciones duras.

—Sí, dice que la han raptado, pero yo no me lo creo. Algo trama ese Mcloy, es un ambicioso. Le ofrecí quinientos diarios por el trabajo y él me exigió mil. ¿Qué se puede pensar de un tipo así?

—Cualquier cosa, míster Munnighan.

—No me extrañaría que se hubiera conchabado con alguien. Hay tanta gente que quiere mi muerte.

—Desgraciadamente hay demasiados envidiosos y codiciosos.

—Sí, no se puede estar tranquilo en ninguna parte.

—De todos modos, Mcloy me parece un hombre, eficiente aunque yo no simpatice con él.

—Lo sabía, Staker.

—¿De veras lo sabía, míster Munnighan?

—Sí, yo sé muchas cosas, más de las que supones.

—No me extraña, míster Munnighan, no en vano es usted tan inteligente.

—¿Adónde vas, Staker?

—A buscar una almohada, míster Munnighan.

—¿Para qué la quieres?

—Estará usted más cómodo. ¿Le duele mucho hoy?.

—Sí, el condenado duele.

—Conocí a un oriental que me enseñó algo que le va a quitar el dolor de golpe.

—¿Sin pinchazos?

—Así es, míster Munnighan.

—¿Y sin píldoras?

—Completamente sin ellas.

El viejo vio cómo le colocaba la almohada frente al pecho y luego empujaba la silla de ruedas contra los cortinajes.

—¿Y por qué aquí de espaldas a la pared, Staker?

—Para que la silla no se vaya hacia atrás. Todo será muy rápido y usted dejará de sufrir.

—¿Para siempre? —preguntó una tercera voz que sonó en la estancia.

Los dos se volvieron y ambos acusaron sorpresa en sus ojos.

—¡Mcloy! Le creí lejos...

—Tengo alas y he podido volver aprisa.

—Hola, Mcloy —le saludó Staker—. ¿No tenía que estar rescatando a Jennie?

—Sí, pero ese trabajo ya lo he terminado.

—¿De veras? ¿Y dónde están mis cien mil dólares? —preguntó el viejo millonario.

—Tendrá que esperar un poco a que regresen de Dallas.

—¿Dallas, ha enviado mi dinero allí? ¿Y puedo saber por qué?

—Porque el secuestrador quería que yo fuera a Dallas, sólo que he logrado engañarle y camino de Texas va un doble mío.

Los ojos de Staker fulguraron.

—No es posible.

—Sí lo es. ¿Qué pretendías con la almohada, Staker, hacer un paro cardíaco con un *seiken-uchi* de karate y no dejar huellas?

—¿Me estás acusando de algo? —bramó Staker.

—De modo que Staker, si no he entendido mal, pretendía asesinarme con un puñetazo de karate en el pecho... —rezongó míster Munnighan.

—Eso es lo que yo creo. Con una almohada por delante, no quedaría marca y usted sería enterrado por muerte natural —explicó Mcloy—. Después de todo, los médicos ya le han desahuciado y todos esperan su muerte, incluso usted mismo.

—Naturalmente que la espero, y con la cara bien alta.

—Lo que usted desea es morir de una forma épica, míster Munnighan. Sabe que le queda poco de vida y una agonía larga y dolorosa. No quiere llenarse de calmantes, prefiere morir de dos tiros o de cualquier otra forma violenta, que los periódicos hablen mucho de su muerte. Siempre le ha gustado llamar la atención de la gente.

—¿Qué está diciendo, Mcloy, se ha vuelto loco?

—¿Dónde está tu perro «Toby», Staker?

—¿Mi perro? No sé de qué me habla.

—Lo maté yo —dijo Jennie, entrando en la habitación, pues la puerta había quedado ajustada.

—Las huellas de los dedos de Staker estarán por todo el coche en que estaba encerrada Jennie, pero su plan ha salido mal. Se había propuesto alejarme de aquí para operar a sus anchas, con toda tranquilidad. ¿Quién iba a sospechar del jefe de seguridad de míster Munnighan?

—Yo —dijo míster Munnighan, echándose a reír de pronto.

—Sí, usted lo sabía, porque usted también le entregó a él una póliza por valor de cinco millones de dólares, pero valedera sólo por un año. Usted quería suicidarse por temor a una agonía larga, míster

Munnighan, y se le ocurrió la idea de las pólizas de seguros que beneficiaban a sus posibles verdugos. De esta forma les espoleaba a ayudarle a morir y de una forma grande, con muchos titulares de primera página en los periódicos. «HOWARD MUNNIGHAN, EL FAMOSO MULTIMILLONARIO, ASESINADO». Boccaccio no quería hacer directamente el trabajo de verdugo porque sabía que si le atrapaban pagaría con cadena perpetua. Necesitaba cómplices que pudieran acercarse mucho a usted.

—¿Y le propuso a usted ser el sicario, Mcloy?

—Sí.

Míster Munnighan, riéndose sardónico, preguntó:

—¿Y cuánto le pagaba?

—Un millón.

—¿Y ha rechazado ese millón?

—Aunque le parezca difícil de creerlo; sí.

—Es usted un perfecto imbécil. Mcloy. Yo soy fácil presa, Staker ha estado a punto de conseguirlo, lo malo es que es un pobre diablo y usted le ha ganado por la mano.

—Boccaccio se ha retirado, no cuente ya con él para que le ayude a morir asesinándole.

—Todavía quedan los de la agencia de asesinos... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Flowers for your friend.

—Eso es, flores para su amigo... Todavía pueden enviarme un par de plomos.

—No lo creo. Staker fue quien contrató a la agencia. Como capitán de la policía que fue, sabe mucho de asesinos y de sus organizaciones.

—Yo no sé nada y de nada se me puede acusar, no hay pruebas.

—Staker, tú instalaste un «chinche» electrónico en el apartamento de Jennie para escuchar lo que allí se hablara y precisamente allí te tendí yo mi primera trampa diciendo los números de las habitaciones en las que iba a alojarse míster Munnighan pero que no eran las ciertas. El sicario recibió la información y se aprestó a recibirle con plomo, pero falló porque yo puse a un muñeco en la silla de ruedas, mientras míster Munnighan y lo más increíble era que quien deseaba su muerte era usted mismo, por eso provocó a Boccaccio, un gángster sin escrúpulos, y a Staker, un jefe de seguridad que jamás llegó a triunfar en la vida. Uno de los dos podía matarle, pero han fallado.

—Sí, han fallado porque le contraté a usted, Mcloy.

—Imagino que lo que usted deseaba de mí era que su verdugo no llegara a quedarse con los cinco millones. De esta forma, usted se iría al infierno riendo a carcajadas. Regalándoles esas pólizas de seguro por las que cobrarían cinco millones de dólares si usted moría, sin importar de qué manera, les empujaba al crimen y al propio tiempo,

pretendía que yo los capturase y llevara ante la justicia.

—Creo que me pasé contratándole, Mcloy. Me condena a la muerte por enfermedad, a una agonía larga con muchos calmantes para el dolor... Hubiera preferido algo rápido como dos tiros, pero lo confieso, soy demasiado cobarde para pegármelos yo mismo.

—Bien, Staker, ¿confiesas tu intento de homicidio y el rapto de Jennie?

—¡Yo no confieso nada!

—De todos modos, la policía ya viene hacia acá. Hay demasiadas pruebas: Tu coche, el perro muerto, los golpes que ha recibido Jennie, la póliza de seguros...

— ¡Maldita sea, todo por tu culpa! —rugió de pronto Staker.

Fuera de sí, lanzó el durísimo puñetazo de karate contra el pecho del viejo, que abrió mucho la boca y los ojos para morir instantáneamente a consecuencia del paro cardíaco.

Mcloy se lanzó sobre Staker, derribándolo. Ya en el suelo, lo inmovilizó con una presa de judo mientras Staker comenzaba a reírse babeante y gritaba:

—¡No importa cómo muera, los cinco millones son míos, míos, ahora podré pagarme el mejor abogado de América!

Siguió riendo mientras los agentes de la ley subían en el ascensor.

FIN